

La construcción de las naciones centroamericanas, 1821-1954



David Díaz Arias





Este trabajo pretende inspeccionar el proceso de construcción de los discursos nacionales en Centroamérica entre el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Fundamentalmente, lo que interesa es visualizar las transformaciones en las ideas políticas sobre las comunidades imaginadas que se podían crear en el Istmo y los resultados de esos experimentos. El periodo seleccionado se ubica entre la independencia (aunque se exploran algunos breves antecedentes) y el golpe de Estado a Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954. Se trata, grosso modo, de la inspección del periodo liberal, aunque ampliado tanto para visualizar las raíces de los proyectos de invención nacional liberales, como sus secuelas y posibles transformaciones.

ISBN: 978-9930-9748-9-6



9 789930 974896

La construcción de las naciones centroamericanas, 1821-1954

David Díaz Arias



321.5

D542c Díaz Arias, David Gustavo, 1977 - La construcción de las naciones centroamericanas, 1821-1954. - 1. ed. - David G. Díaz A. San José: Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas de América Central, 2021.

88 p.

18 x 25 cm.

Edición digital

Colección Nueva Historia Contemporánea de Centroamérica -
CIHAC

ISBN 978-9930-9748-9-6

1. Independencia. 2. Nacionalismo. 3. América Central – Política y Gobierno.
4. América Central – Historia. I. Título. II. Colección.

Diagramación y diseño de portada: Adriana Araya Esquivel

Corrección de pruebas: el autor

Imagen de la portada: 15 de setiembre de 1921 en San José, Costa Rica. ANCR, Colección Fotografías, 242511.

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Colección Nueva Historia Contemporánea de Centroamérica · CIHAC

Comité Editorial

Dr. Kevin Coleman, University of Toronto
Dr. David Díaz Arias, Universidad de Costa Rica
Dr. Marc Edelman, City University of New York
Dr. Michel Gobat, University of Pittsburgh
Dra. Christine Hatzky, Leibniz Universität Hannover
Dr. Jeffrey L. Gould, Indiana University
Dr. Lowell Gudmunson, Mount Holyoke College
Dra. Montserrat Llonch, Universidad Autónoma de Barcelona
Dr. George Lomné, Université Paris-Est Marne-la-Vallée
Dr. Héctor Pérez Brignoli, Universidad de Costa Rica
Dr. Eduardo Rey Tristán, Universidad de Santiago de Compostela
Dr. Ronny Viales Hurtado, Universidad de Costa Rica
Dra. Heather Vrana, University of Florida
Dr. Justin Wolfe, Tulane University



Contenido

Introducción	9
CAPÍTULO I	
Discursos de libertad e identidad en Centroamérica en la época de la independencia	11
CAPÍTULO II	
Los proyectos nacionales embrionarios, 1839-1870	23
CAPÍTULO III	
Las naciones liberales, 1870-1954	39
Costa Rica	40
Nicaragua	51
El Salvador	57
Honduras	61
Guatemala	65
Conclusiones	71
Bibliografía	75

Introducción

A partir de un análisis de la historiografía centroamericana existente, este trabajo pretende inspeccionar el proceso de construcción de los discursos nacionales en Centroamérica entre el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Fundamentalmente, lo que interesa es visualizar las transformaciones en las ideas políticas sobre las comunidades imaginadas que se podían crear en el Istmo y los resultados de esos experimentos. El periodo seleccionado se ubica entre la independencia (aunque se exploran algunos breves antecedentes) y el golpe de Estado a Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954. Se trata, grosso modo, de la inspección del periodo liberal, aunque ampliado tanto para visualizar las raíces de los proyectos de invención nacional liberales, como sus secuelas y posibles transformaciones.

El trabajo está dividido en 3 partes. En la primera, se exploran los discursos de cambio político entre las reformas borbónicas y la independencia en Centroamérica. En esa misma parte se analiza brevemente el intento de construcción de una entidad regional (la Federación Centroamericana) como una comunidad política y se muestran tanto los deseos por producir esa comunidad imaginada, como los problemas que la disolvieron. Luego, en la segunda parte se estudian los proyectos embrionarios de nación, particularizando la temprana consecución de un consenso en Costa Rica acerca de las posibilidades de crear una comunidad política en ese país. La tercera parte se dedica a inspeccionar los proyectos liberales de nación en Centroamérica. En esa sección se explora la invención de tradiciones y héroes y, especialmente, la creación de discursos étnicos particulares en cada Estado centroamericano, así como sus resultados.

CAPÍTULO I

Discursos de libertad e identidad en Centroamérica en la época de la independencia

La Centroamérica del ocaso colonial era una sociedad que se debatía por la transformación institucional. Por eso, en muchos de los cambios que se auguraban con las reformas borbónicas en esta región, es posible advertir un deseo por volver más inclusiva esa sociedad. De hecho, hacia el final del siglo XVIII y principios del siglo XIX, provincias como la de Nicaragua y Costa Rica hicieron peticiones, primero a la Corona y luego a las Cortes de Cádiz, para separarse del centro político-administrativo del que dependían (Guatemala) y con eso poder salir de la pobreza. Las quejas en ese sentido se intensificaron al final del siglo XVIII porque crecieron entonces las tensiones entre los ganaderos de las provincias de Honduras, Nicaragua y Costa Rica frente a Guatemala, por el intento de los comerciantes guatemaltecos de controlar la comercialización de ganado a través de una orden que buscaba prohibir la venta de ganado fuera de la Feria de Chalchuapa. Dichas tensiones pudieron haber alentado el separatismo que se vivirá en esas provincias durante el proceso de la independencia.¹

Es muy probable que la implementación de las Reformas Borbónicas haya incidido en esa conceptualización del término independencia. En el caso centroamericano las reformas intentaban

1 Troy S. Floyd, "The Guatemalan Merchants, the Government, and the Provincianos, 1750-1800," en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 41, No. 1. (Feb., 1961), pp. 90-110.

promover los intercambios directos con la península Ibérica con el fin de desarrollar los medios de comunicación y el comercio, imponer limitaciones al poder eclesiástico, apoyar a los productores de las provincias con el objetivo de liberarlos del control de los comerciantes de Santiago de Guatemala, reformar la estructura administrativa para reemplazar a los “oficiales corruptos”, transformar el sistema impositivo con la intención de obtener mayores ingresos fiscales, e intensificar la defensa militar para contener las actividades comerciales y militares de los ingleses en las costas centroamericanas.² Aunque no se alcanzaron a producir, la sola promesa de tales cambios pudo haber creado la visión en ciertos pueblos centroamericanos de que logrando una independencia administrativa, podrían vencer los problemas de progreso que sintomáticamente habían tenido en el pasado.

A partir de 1821, la independencia política en Centroamérica inauguró un deseo general por destruir las diferencias sociales coloniales y construir sociedades mejores; al menos en términos discursivos. La idea era que un gobierno republicano fundaría las bases para que creciera una sociedad que fuese inclusiva e igualitaria en términos políticos, sociales y económicos. De esa forma, según algunos de los próceres de las independencias centroamericanas, en una sociedad independiente, se podría alcanzar más fácilmente la felicidad y la igualdad, ya que, en esa soñada sociedad independiente, no existirían ni hombres esclavos y tampoco provincias o ciudades esclavas. Como señaló Pedro Molina en un editorial de *El Genio de la Libertad*: “¡Bendita sea la independencia! ¡Ya no habrá más distinción entre los americanos que la que da el mérito y la virtud!”.³ Con ese ideal se

2 Miles Wortman, *Government and Society in Central America, 1680-1840* (New York, Columbia University Press, 1982); Jordana Dym, *From Sovereign Villages to National States: City, States, and Federation in Central America, 1759-1839* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006), pp. 34-64; Jordana Dym y Christophe Belaubre (editores), *Politics, Economy, and Society in Bourbon Central America, 1759-1821* (Boulder, Colorado, University Press of Colorado, 2006).

3 Citado por Frances Kinloch Tijerino, “La independencia: una reconciliación

inició la construcción social y conceptual de una nueva sociedad y de una nueva cultura política que llevaría a otra concepción del “bienestar general”. Así definió la independencia José Cecilio del Valle, en un largo y elocuente artículo aparecido en su periódico *El Amigo de la Patria* (publicado en Guatemala) en 1822:

“Tres siglos dice el paciente americano volviéndose a España, hemos observado las leyes que nos has dado: tres siglos hemos esperado la felicidad que nos prometiste cuando aboliendo los gobiernos de Indias nos ofreciste otro más liberal y justo. Otros pueblos han sufrido menor espacio de tiempo... Nosotros hemos tenido paciencia mas [sic] grande... Las esperanzas han sido burladas. El país de la riqueza es pobre: la naturaleza más bella es bruta: el indio que antes de descubrirse la América elevó a imperios grandes los del Perú y N. España es ahora después de aquella época un autómatas infeliz, sensible solo para sufrir... Hemos obedecido tres siglos: hemos jurado todos los sistemas de administración que nos has ordenado sucesivamente; y ninguno ha hecho toda la felicidad que podíamos gozar... No es posible conciliar los intereses de esa Península y este continente. Si reconoces nuestra independencia la América será feliz: tu serás venturosa; y ambas, amigas, aliadas y unidas por los vínculos más estrechos. Siendo esta parte del mundo dependiente de esa península, América seguirá atrasada, y tu no harás progresos. Para que seas todo lo que puede ser esa porción hermosa de la Europa es preciso que España y América sean estados independientes: es preciso que la una no oponga obstáculos al desarrollo de la otra. Los españoles que amen a la península y se interesen en su felicidad, deben proteger nuestra independencia. La península ha retrocedido desde la conquista: la América no ha avanzado los espacios que podía adelantar: las dos son infelices; y la felicidad de ambas atesta las imperfecciones de su legislación”.⁴

frustrada”, *El Nuevo Diario* (Nicaragua), 11 de septiembre de 1999.

4 “Gobierno”, *El Amigo de la Patria*, 25 de enero de 1822, Nos. 20 y 21.

Las ideas de Valle eran compartidas por otros grupos en el reino de Guatemala. Ya el 3 de septiembre de 1821 el periódico *El Genio de la Libertad* había definido la emancipación política como el momento en que se aniquilaban las diferencias entre los partidos y entre americanos y europeos. Entre 1821, fecha de la emancipación política de la región y 1870, cuando ocurre la llamada revolución liberal, los políticos centroamericanos intentaron llevar adelante ese proyecto de concreción de la felicidad política a partir de la construcción de un nuevo tipo de institucionalidad política, pero fallaron al hacerlo porque las estructuras institucionales y sociales coloniales limitaron ese proyecto. Por eso, lejos de avanzar políticamente, la mayoría de nuevos estados centroamericanos se enfrascaron en una lucha política que desvirtuó el valor de la nueva institucionalidad republicana entre algunos grupos y entorpeció la integración social, lo cual generó una nueva modalidad de exclusión social.

En todo caso, entre 1821 y 1870 los políticos centroamericanos continuaron desarrollando en las constituciones de sus estados la idea de que la política regeneraría la sociedad y la volvería mejor. Ese ideal incluso quedó estampado en la experiencia de desarrollar una República Federal en la región entre 1821 y 1840. Pero desde el principio de esa aventura, algunos actores sociales observaron con desconfianza los cambios y sus resultados más inmediatos. El mismo Valle, en noviembre de 1821, observó que junto a las divisiones locales y regionales, existía todo un espectro de identidades de clase, raza y generación que podían contribuir o entorpecer las posibilidades que la independencia ofrecía:

“¿Una población heterogénea, dividida en tantas castas y diseminada en territorios tan vastos, llegará a unir sus votos sobre el Gobierno que debe constituirse? ¿Las clases que han gozado serán bastantes justas para dividir sus goces con las demás? ¿Las que han sufrido serán bastante racionales para no excederse en sus peticiones? La juventud, vana casi siempre y persuadida de saber más grande que el que tiene, ¿respetará las

luces de la experiencia juiciosa y previsoras? Los impostores de los pueblos ¿olvidarán sus artes y sacrificarán a los del público sus intereses privados?”.⁵

En términos parecidos se expresó el cura Francisco Carrascal, párroco de un pequeño pueblo de Guatemala, en junio de 1823, en el seno de una comisión que buscaba elaborar propuestas para “el alivio y mejoramiento de indígenas”: “¿Podremos decir con razón que ya es libre la nación? Si lo afirmáramos delante de los pobres, mis favoritos, nos responderían: —Vosotros los pudientes sois ya libres, pero nosotros los pobres no hemos sentido diferencia entre la libertad actual y la esclavitud pasada”.⁶ Como queda claro, las posibilidades del futuro político, económico y social de la región centroamericana y los límites de esas posibilidades dependían fuertemente de las estructuras que se habían modelado durante el ocaso del periodo colonial y de la manera en que la revolución republicana inaugurada a principios del siglo XIX pudiera insertar en su proyecto a las poblaciones indígenas.

La opción del primer liberalismo centroamericano será la de apostar por la idea de que la emancipación política había inaugurado la posibilidad de hacer sociedades justas e iguales cuyos estados se dedicarían a la consecución de la felicidad de sus habitantes. Esa pretensión de integración de las “castas” y de igualdad de los individuos, que ya había aparecido como idea en Guatemala a finales del siglo XVIII, se había materializado con ganas en la Constitución Gaditana de 1812 y fue recogida por los políticos e intelectuales que vivieron el proceso de independencia.⁷ De esa forma, esos políticos

5 *El Amigo de la Patria*, 30 de noviembre de 1821, Nos. 18 y 19, p. 139.

6 Citado por Andrés Townsend Ecurra, *Las Provincias Unidas de Centroamérica. Fundación de la República* (San José: Editorial Costa Rica, 1973), pp. 290-291.

7 Arturo Taracena y otros, *Etnicidad, Estado y Nación en Guatemala 1808-1944*, volumen 1 Colección “¿Por qué estamos como estamos?” (Guatemala: CIRMA, 2002), pp. 55-58.

liberales intentaron, en el proyecto de organización de una República Federal Centroamericana, erigir por decreto esa igualdad. Así abría la Constitución Federal de 1824: “Congregados en Asamblea nacional constituyente nosotros los representantes del pueblo de Centro-américa, cumpliendo con sus deseos, y en uso de sus soberanos derechos, decretamos la siguiente constitución para promover su felicidad; sostenerle en el mayor goce posible de sus facultades; afianzar los derechos del hombre y del ciudadano sobre los principios inalterables de libertad, igualdad, seguridad y propiedad; establecer el orden público, y formar una perfecta federación”.⁸

Aún a pesar de ese compromiso con la igualdad, la Constitución Federal claramente comenzó a identificar ciertas diferencias entre los habitantes del territorio centroamericano al definir quiénes podían ser ciudadanos. Lo primero que aparece como obvio es que las mujeres no podían ejercer la ciudadanía ni tampoco los niños. No obstante, los requisitos para ser ciudadanos podían ser cumplidos sin mucho problema por los hombres adultos puesto que eran características fáciles de adquirir: “Son ciudadanos todos los habitantes de la República naturales del país, ó naturalizados en él, que fueren casado, ó mayores de diez y ocho años, siempre que exerzan alguna profesión útil, ó tengan medios conocidos de subsistencia”.⁹ Lo que resalta de ese artículo empero, es que en esa definición de ciudadanía no había distinción de etnias. Esto ya había sido señalado por el historiador guatemalteco Arturo Taracena quien hace varios años indicó que las principales discusiones en torno a la propuesta de proyectos nacionales que la independencia había abierto en Centroamérica estaban más relacionadas con factores políticos que con problemas étnicos. Así, en el contexto de la independencia y la organización de la República

8 Oficial, *Constitución de la República Federal de Centro-América dada por la Asamblea Nacional Constituyente en 22 de noviembre de 1824* (Guatemala: Imprenta a cargo de J.J. de Arév, 1824), p. 1.

9 *Ibid*, artículo 14, p. 2.

Federal no se produjo una discusión sobre la integración de las etnias pues los políticos centroamericanos entendían que todos los habitantes de la región debían formar parte de ese nuevo país llamado Centroamérica.¹⁰ Jordana Dym ha vuelto sobre el tema y ha ratificado lo apuntado por Taracena. Efectivamente, como se ve en el decreto citado, la Constitución Federal de 1824 y las distintas constituciones de los países centroamericanos en esas primeras décadas no se preocupaban por la cuestión étnica sino que enfatizaban elementos políticos para acercarse a la definición de los nuevos conceptos en los que se basaría el orden institucional. En dichas discusiones, términos como nacionalidad y nacionales aparecían conectados de forma recurrente con otros conceptos como naturales, pueblos, y habitantes. Esto significaba que el único requisito para ser nacional era ser habitante de la región.¹¹

Pero, ¿podía integrarse una comunidad política federal en la región centroamericana, construida sobre las bases del antiguo reino de Guatemala? Esa poderosa duda asaltó el 30 de junio de 1823 a los delegados presentes en la Asamblea Nacional Constituyente de las Provincias Unidas de Centroamérica. Citados en Guatemala para acordar las bases jurídicas y políticas sobre las que se levantaría su ideal de Estado para el istmo, después de debatir acerca de la validez o no de la existencia de una nueva nación con las dimensiones geográficas y poblacionales de esta área, una comisión juzgó que:

10 Arturo Taracena, “Nación y República en Centroamérica (1821-1865)”, en ídem y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pp. 45-61. Ver también las anotaciones de Víctor Hugo Acuña sobre las etiquetas identitarias que sí estuvieron presentes en las discusiones generadas al calor de la independencia: Víctor Hugo Acuña, “Las concepciones de la comunidad política en Centroamérica en tiempos de la independencia (1820-1823)”, *TRACE*, No. 37 (jun 2000), pp. 27-40.

11 Jordana Dym, “Citizen of which Republic? Foreigners and the Construction of National Citizenship in Central America, 1823-1845”, en *The Americas*, No 64:4 (April 2008), pp. 477-510.

“... para tanta tierra es muy corto el número de hombres que la habitan; pero hasta ahora jamás ha visto en ninguna estadística sujetarlo a cálculo, el que bastaría para formar un Gobierno independiente. Todos los hombres han nacido libres, y un puñado de ellos en sociedad íntima entre sí, y sin sujeción alguna a otra sociedad, pudiera llamarse en concepto de los que forman una nación: tendría un régimen de Gobierno: subsistiría de lo que la tierra le diere: se multiplicaría: inventaría medios de satisfacer sus necesidades; llegaría a ser grande y opulenta, con tal que un enemigo poderoso no viniese a exterminarla o sujetarla a la esclavitud”.¹²

Aunque ajustado a la imagen política suscitada por la revolución de la soberanía popular, emergida al calor de la coyuntura que va de la convocatoria a elecciones para las Cortes de Cádiz a la declaración de la independencia de los distintos pueblos del istmo en 1821, la imagen de integración soñada y programada por los representantes centroamericanos a la primera Asamblea Nacional Constituyente se topó con poca suerte en su camino. Ya para 1841, cuando está consumado el desmembramiento de la República Federal, el viajero John L. Stephens advertía, con cierta sinceridad, que el localismo era la piedra en que chocaban todas las ideas centroamericanistas,¹³ mientras que ocho años después el periódico *El Costarricense* (publicado en Costa Rica) consignaba, un tanto resignado, que:

“La Nacionalidad de Centro-América no puede ser otra hoy día que aquella que tienen entre sí los diferentes Estados de Italia, ó Alemania. Vecinos los unos de los otros, hablan un mismo idioma, profesan un mismo culto, se identifican en costumbres, tienen bastante semejanza en sus fisonomías i hasta se

12 Citado por: Arturo Taracena, “Nación y República en Centroamérica (1821-1865)”, en: ídem y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pp. 45-61.

13 John L. Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* (New York: Harper & Bros., 1841), p. 195.

rijen i gobiernan por leyes de un mismo origen. Mas no por eso han podido alcanzar el deseado bien de unirse en un cuerpo de Nación, aunque han empleado para conseguirlo esfuerzos extraordinarios i si se quiere gloriosos”.¹⁴

Si se quiere avanzar más rápido en el destino que tuvo el proyecto de unidad centroamericano, hacia el segundo lustro de la década de 1910 cuando se produjo una cierta reaparición de los ideales de centroamericanismo enmarcados en la primera invasión de los marines a Nicaragua, el joven intelectual estadounidense Dana Gardner Munro, interesado en la estabilización política y económica de la región, no tenía empacho en argumentar extensamente que hacia ese momento una unidad entre los estados centroamericanos era, aunque latente, poco posible.¹⁵ Eso a pesar de que, como ha demostrado Víctor Hugo Acuña, hacia las primeras décadas del siglo XX los obreros urbanos habían asumido el discurso nacionalista liberal y uno de sus sueños recaía directamente en la construcción de una patria grande llamada Centroamérica.¹⁶

Entonces, la pregunta que subyace es ¿por qué Centroamérica no pudo construir, a pesar de las insistencias y del eco que podía ocasionar entre las clases populares, una comunidad nacional ístmica? La respuesta gira en torno a una heterogeneidad de variables, pero claramente está ajustada al fracaso de Centroamérica como una federación de estados.

14 “Nacionalidad. Comunicado”. *El Costarricense*, 15 de diciembre de 1849, No. 55, p. 430.

15 Dana Gardner Munro, *Las Cinco Repúblicas de Centroamérica. Desarrollo político y económico y relaciones con Estados Unidos*, estudios introductorios de Fabrice Lehoucq e Iván Molina (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, Plumssock Mesoamerican Studies, 2003), pp. 210-218. La primera edición en de este libro fue en inglés en 1918.

16 Víctor Hugo Acuña Ortega, “Nación y Clase Obrera en Centroamérica Durante la Época Liberal (1870-1930)”, en: Iván Molina y Steven Palmer (editores), *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* (San José, Costa Rica: Editorial Porvenir, Plumssock Mesoamerican Studies, 1994), pp. 145-165.

Sin un estado federal triunfante fue prácticamente imposible una nación centroamericana triunfante. Pero, ¿por qué no?

La revolución de la soberanía¹⁷ que inaugura el proceso gaditano, y que se agita con fuerza una vez que la ciudad de Guatemala declara su independencia en 1821 y las distintas corporaciones municipales hacen lo propio en las otras provincias del istmo, provocó el rompimiento del pacto político colonial, el cual no pudo reconstruirse como un pacto federal fundamentalmente por una desavenencia de parte de las elites políticas triunfantes en la forma en que se repartiría el poder federal y los derechos y las responsabilidades que se arrogarían los distintos estados. Así por ejemplo, la insistencia de las elites guatemaltecas, que no son otras que las elites coloniales reorganizadas, por hacerse con la tutela administrativa y comercial de la República Federal, fue una de las llamas que provocó en diversas ocasiones el enfrentamiento entre las tropas federales y las de los estados, especialmente entre El Salvador, Honduras y Guatemala.¹⁸

Mientras existió (1824-1839), la Federación fue una comunidad soñada y sufrida. ¿Cuáles fueron las etiquetas identitarias que sus formuladores quisieron construir como particularidades de la región?

17 François-Xavier Guerra, “De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía”, en: François-Xavier Guerra y Annick Lempérière (et al.), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX* (México: Centro Francés de estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica, 1998), pp. 109-139 y François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (Madrid: Editorial MAPFRE, 1992), pp. 56-62. Para un acercamiento a la revolución de la soberanía en el caso costarricense ver: David Díaz Arias, “Jura y conjura en el naciente Estado costarricense: las representaciones del poder en la jura de la Constitución de 1844 y la rebelión de las autoridades militares en San José y Alajuela”, *Boletín AFEHC*, N° 44, publicado el 04 marzo 2010.

18 Thomas L. Karnes, *The Failure of Union; Central America, 1824-1960* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1961). Sobre la Federación como comunidad política, ver el trabajo de: Jordana Dym, *From Sovereign Villages to National States: City, State, and Federation in Central America, 1759-1839* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2006).

Fundamentalmente su propuesta fue cívica-política; es decir, hicieron énfasis “en las ideas de soberanía del pueblo, igualdad ciudadana, libertad de imprenta, seguridad individual y de la propiedad e independencia patria”.¹⁹ Igualmente, la obtención de la independencia en forma pacífica fue enarbolada como otra de las características del istmo,²⁰ mientras que la única etiqueta que evidencia el intento de construir una unidad cultural, residió en la dimensión geográfica de la región. De todas esas imágenes, será la condición ístmica la que seguirá apareciendo en los discursos políticos unionistas de todo el siglo XIX y de las primeras décadas del XX. En efecto, lo que verdaderamente se resalta como la identidad centroamericana en los discursos políticos, por ejemplo los de las fiestas de la independencia,²¹ es justamente el espacio geográfico que a su vez prometía la imagen de una Centroamérica próspera y progresista gracias al sueño de un canal. Constituirse en el centro del comercio y la economía mundial, se evocaba como el timón imaginativo que justificaba y legitimaba la unidad de los cinco países y clamaba por dejar de lado cualquier identificación particular.²²

El otro lugar en donde tenía eco el discurso unionista era el de los héroes de la unión y el día de fiesta de la independencia.

19 Taracena, “Nación y República en Centroamérica (1821-1865)”, p.47.

20 Víctor Hugo Acuña, “Las concepciones de la comunidad política en Centroamérica en tiempos de la independencia (1820-1823)”, en: *TRACE*, No. 37 (jun 2000), pp. 27-40.

21 David Díaz Arias, “Alocuciones constructoras y demostradoras de identidad: discursos del 15 de setiembre de 1871 en Centroamérica”, en: *Revista de Historia* (San José / Heredia), No. 45 (enero-junio 2002), pp. 287-323.

22 Para el caso costarricense ver: Víctor Hugo Acuña Ortega, “Historia del Vocabulario Político en Costa Rica. Estado república, nación y democracia (1821-1949)”, en: Taracena y Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica...*, pp. 63-74 y David Díaz Arias, “Una fiesta del discurso: vocabulario político e identidad nacional en el discurso de las celebraciones de la Independencia de Costa Rica, 1848-1921”, en: *Revista Estudios* (San José), No. 17 (2003), pp. 73-104.

No obstante, como veremos más adelante, si bien algunas imágenes como la del caudillo liberal Francisco Morazán eran aceptadas por las clases populares, no fueron por sí mismas provocadoras de una lucha continuada por la Patria Grande.

En suma, si bien la lucha por una nación centroamericana se había esgrimido como un proyecto activo y recurrente desde su disolución, no se logró por acuerdo voluntario entre los estados de la región y aunque fomentó experimentos breves de unión, esos momentos no pasaron de ser una muestra más del destino del fracaso de ese proyecto político. La idea de una Centroamérica unida era hacia las primeras décadas del siglo XX más una añoranza que un proyecto real y realizable tal y como lo sentenciaba Dana Gardner Munro con los ojos de un extranjero. Más aún; durante el final del siglo XIX y el inicio del siglo XX, aquellos estados que habían dedicado sus fuerzas en varias ocasiones a la construcción de la Federación, como Guatemala y El Salvador, se percataron de que no podían seguir subsistiendo como estados particulares sin prestar atención a la construcción de una cierta legitimidad discursiva en su interior. Pero incluso allí, experimentarían problemas.

CAPÍTULO II

Los proyectos nacionales embrionarios, 1839-1870

Aunque el proyecto de la Federación Centroamericana se había planteado como una opción inicial y se practicó durante los primeros tres lustros posteriores a la independencia, las elites políticas de los distintos estados que integraban la Federación intentaron legitimar su soberanía recién adquirida en el territorio que se había definido como parte de su jurisdicción. En primer lugar, lo que les interesó fue fortificar la legitimidad de su soberanía política como elites locales nacidas durante la colonia. Y, seguidamente, “la de los territorios hegemonizados por estas y constituidos por la lógica republicana en estados o municipalidades”.²³ En parte, tal cosa se tradujo en un enfrentamiento entre las elites locales y los intereses federales.

Aunque un buen deseo, la Federación que nació deformada el 1° de julio de 1823, no aseguró en su parto las medidas que podrían haber evitado su muerte. Su estructura, inspirada en las ideas de la Ilustración, con condimentos de la experiencia de la Constitución de Cádiz de 1812 y de la Constitución de Estados Unidos de 1789, realmente no fue eficaz para construir un gobierno federal fuerte y funcional. Por eso, con un poder Ejecutivo débil y envestida por la rivalidad local, particularmente entre Honduras, Guatemala y El Salvador, no logró crear un distrito federal, no pudo concretar un ejército superior y legítimo frente a los ejércitos de los otros estados o bien de los caudillos que se alzaban contra sus autoridades (caso de

23 Arturo Taracena, “Nación y República en Centroamérica (1821-1865)”, p. 45.

Francisco Morazán primero y luego de Rafael Carrera) y, cuna del mal funcionamiento financiero, su estructura de hacienda pesó mucho sobre los Estados que la constituían.²⁴ Tales problemas la sepultaron hacia 1839 y con ello se posibilitó la concentración en proyectos estatales particulares en el istmo. Como apunta Arturo Taracena:

“Cada Estado tendió a encerrarse en su territorio, revalorizando el papel de las fronteras. Cada territorio se convirtió en sí en un conjunto social, en la medida que, a pesar de sus diversidades intrínsecas, encontró la razón de ser en sus propias relaciones económicas, sociales y políticas. Ello condujo a la reafirmación de las elites dominantes locales, cuyas acciones políticas tendieron a buscar una legitimación interna y externa, creando, a su vez, sus propias comunidades políticas, las cuales persiguieron el objetivo de consolidar sus respectivos Estados”.²⁵

En efecto, la tarea que se imponen las distintas elites en Centroamérica reside en consolidar su poder interno frente a un conjunto heterogéneo de identidades políticas salidas de la época colonial. En Costa Rica, ha quedado claro que el proceso de diseño de las etiquetas con las que se conectará a la población a la imagen de comunidad política, comenzó desde la época independentista. Así, en 1822 la primera Junta Superior Gubernativa aseguraba que la perpetuación de la paz era “como innata y adherente” a Costa Rica, lo cual caracterizaba a la provincia en comparación con sus vecinos. Muy pronto, hacia 1824, la imagen de Costa Rica en contraposición a

24 Rafael Obregón Loría, *Costa Rica en la Independencia y en la Federación* (San José: Editorial Costa Rica, 1977), pp. 147-232; Ana María Botey, *La República Federal (1823-1842)* (San José: Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica, fascículo No. 8, 1994); Andrés Townsend Escurra, *Las Provincias Unidas de Centroamérica. Fundación de la República* (San José: Editorial Costa Rica, 1973). Rodrigo Facio Brenes, *Trayectoria y Crisis de la Federación Centroamericana* (San José: Imprenta Nacional, 1949).

25 Taracena, “Nación y República en Centroamérica (1821-1865)”, p. 56.

Nicaragua fue explotada por la tercera Junta Superior para apaciguar los ánimos localistas que no se apagaban.²⁶

Durante la primera década de vida independiente estos rasgos identitarios que se estaban fabricando en el seno de las elites, se fortificaron. La recurrencia a la paz, el orden, la legalidad, la armonía, la prudencia y la neutralidad frente a los conflictos del área, así como la imagen de tierra de refugio para los que huían de la discordia, se volvieron corrientes en los discursos políticos costarricenses. En el primer lustro de la década de 1830, estas etiquetas fueron fortalecidas con un nuevo elemento: la explicación de la historia de Costa Rica a partir de la idea de progreso que se asociaba a la índole laboriosa de su población.²⁷ La idea de progreso se representará no sólo en la calma política y en el avance hacia la organización del Estado, también lo hará comparando a la sociedad independiente con la colonial. Asimismo aparecerá en esta década otro de los rasgos destinados a tener más larga vida en el imaginario identitario del país, resumido así por el semanario *La Tertulia* en 1834: “El Pueblo Costarricense es compuesto en su totalidad de propietarios en pequeño o en grande”.²⁸ De esa forma, aunque latente –y fuerte– el sentimiento localista, las elites políticas de las ciudades principales del Valle Central costarricense compartían una cierta imagen común sobre su comunidad política, sobre su Estado. La base que aseguraba un eco de esa imagen en Centroamérica y en el interior de Costa Rica era la calma política que se vivía en el país en comparación con el estado general de la Federación. De este modo, la legitimidad del poder central se trataba de construir a partir de la creación de imágenes frente al otro: el “oscuro” periodo colonial y el estado de guerra civil en Centroamérica. Dos hechos le darán

26 Víctor Hugo Acuña Ortega, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, en: *Revista de Historia* (San José-Heredia) No. 45 (enero-junio del 2002), pp. 191-228.

27 *Ibid*, pp. 201-204.

28 Acuña Ortega, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, p. 204.

impulso a las elites costarricenses para empeñarse con más ganas en la construcción de una nación propia: la declaración de la república en 1848 y la guerra contra los filibusteros en 1856-57. Hacia el final de la década de 1850 y durante la década de 1860 las elites costarricenses se convencieron a sí mismas de que su país, a pesar de su tamaño, era una nación viable, y terminaron de modelar en su seno estas etiquetas identitarias que intentarán traspasar a las clases populares sus descendientes liberales en las décadas posteriores a 1880.

Esta modelación temprana de un consenso en las elites costarricenses acerca de su proyecto nacional no es tan clara en los otros países del istmo. Especialmente, la visible intervención extranjera en Nicaragua, la intervención guatemalteca en El Salvador y Honduras y la conservación del régimen colonial en Guatemala en el periodo posterior a la independencia, limitaron el desarrollo del estado en estos países y con ello la aparición de un consenso acerca de la nación a construir.

Frances Kinloch nos ha mostrado que, paralelo al deseo nicaragüense por promover un canal interoceánico (ideado como la encarnación máxima del progreso nicaragüense) en la década de 1840,²⁹ se presentaron también las potencias interesadas por la situación geopolítica del país. Aunque esta amenaza, especialmente representada en los intereses, los reclamos y las presiones ejercidas por el cónsul británico Chatfield,³⁰ lograron la publicación de artículos acaloradamente patrióticos y disertaciones claras sobre el principio de la soberanía y las nacionalidades, principalmente la redactada por Pablo Buitrago en una memoria presentada a la Asamblea Legislativa en 1849, no hizo que las elites nicaragüenses llegaran a un consenso sobre la nación a construir y siguieran dudando en un imaginario político más bien colonial. Y la base de ese imaginario radicaba en el municipio y no en ceder poder

29 Frances Kinloch Tijerino, "El canal interoceánico en el imaginario nacional. Nicaragua, siglo XIX", en: *Taller de Historia. Nación y etnia* (Managua), No. 6 (julio de 1994), pp. 39-41.

30 Mario Rodríguez, *A Palmerstonian Diplomat in Central America: Frederick Chatfield, Esq.* (University of Arizona Press, 1964).

ante una autoridad mayor.³¹ La lucha entre las ciudades de León y Granada, exacerbadas a partir de 1844 gracias a la modificación de sus jurisdicciones administrativas que, claramente, beneficiaba a León, se convirtieron en la llama que prendería fuego a la guerra civil de ese año y evidencian muy bien la presencia de esas identidades políticas antiguas. Peor aún, la recurrencia de las elites granadinas a sus enemigos ingleses para enfrentar el conflicto bélico le dio bríos a los representantes de la potencia sobre los nicaragüenses. Tal cosa dejó en evidencia la incapacidad de las elites nicaragüenses para centralizar su autoridad como poder estatal y, todavía más, delegó poder en los ingleses.³²

Junto a ese deseo por convertir los estados en realidades, la añoranza por la Federación Centroamericana siguió siendo insistente en estados como Guatemala y El Salvador. En el caso salvadoreño, Carlos Gregorio López ha advertido que existe una relación entre el empeño de liberales como Gerardo Barrios, Francisco Dueñas y Rafael Zaldívar por construir a Francisco Morazán como héroe y su anhelo por la patria centroamericana.³³ En parte, aunque pudiesen haber existido deseos en el proyecto político por construir una patria salvadoreña, tal cosa contrastaba con el precario desarrollo del poder estatal hacia la década de 1860, especialmente en el poder que pudiera tener el Estado sobre los poderes locales municipales fuera de San Salvador, elemento que impedía a diestra y siniestra proyectos

31 Ver los trabajos de Xiomara Avendaño Rojas, *Centroamérica entre lo antiguo y lo moderno: institucionalidad, ciudadanía y representación política, 1810-1838* (Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, 2009) e ídem, *Elecciones indirectas y disputa del poder en Nicaragua: el lento camino hacia la modernidad* (Managua: Lea Grupo Editorial, 2007).

32 Frances Kinloch Tijerino, "Política y Cultura en la Transición al Estado-Nación. Nicaragua (1838-1858)" (San José: Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1999), pp. 62-88.

33 Carlos Gregorio López Bernal, "El Proyecto Liberal de Nación en el Salvador (1876-1932)" (San José: Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1998), p. 111.

políticos particulares.³⁴ En el caso de las élites políticas guatemaltecas, que deambularon a inicios del siglo XIX en la discusión acerca de integrar o no integrar a los indígenas al proyecto político moderno³⁵ y que tuvieron también que enfrentarse a un proyecto político local intentado en la región de Los Altos entre 1838 y 1849,³⁶ es claro que, no perdiendo su sueño por la unión centroamericana, experimentaron un cierto proyecto de invención nacional a partir de los inicios de la década de 1860.³⁷ Empero, el problema en los siguientes años seguirá siendo el peso de ese proyecto mayor sobre la consolidación de un proyecto interno y el llamado “problema” indígena, como se verá más adelante.

En parte, Honduras experimentaba problemas análogos a los guatemaltecos y salvadoreños en este periodo. De hecho, Marvin Barahona ha señalado que entre 1839 y 1876 el Estado hondureño careció “de la voluntad y el interés necesarios para crear una comunidad nacional”.³⁸ En ese sentido, las rebeliones políticas, la desobediencia frente a un régimen central e incluso las declaraciones de separación, presentes entre 1843 y 1844 en Texiguat y en la década de 1860 en Olancho, hacen evidente a un Estado sin poder para organizar las armas, la autoridad, o bien cobrar impuestos. El Estado como tal, en este primer momento, no logrará construir una verdadera

34 Ver: Héctor Lindo Fuentes, “Los límites del poder en la era de Barrios”, en: Taracena y Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica...*, pp. 87-96.

35 Arturo Taracena y otros, *Etnicidad, Estado y Nación en Guatemala 1808-1944*, volumen 1 Colección “¿Por qué estamos como estamos?” (Guatemala: CIRMA, 2002), pp. 41-80.

36 Arturo Taracena, *Invención criolla, sueño ladino, pesadilla indígena. Los Altos de Guatemala: de región a Estado 1740-1850* (San José: Editorial Porvenir; CIRMA; Delegación Regional de Cooperación Técnica y Científica del gobierno de Francia, 1997).

37 Taracena y otros, *Etnicidad, Estado y Nación en Guatemala 1808-1944...*, pp. 80-81.

38 Marvin Barahona, “Honduras. El estado fragmentado (1839-1876)”, en: Taracena y Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica...*, p. 97.

autoridad central en Honduras, tan fuerte y tan estable como para proponerse el proyecto nacional en serio.³⁹

Parte de la problemática de la definición del Estado en el norte de Centroamérica está relacionada con los límites del proyecto liberal. Así, el discurso liberal-republicano sobre la felicidad futura comenzó a deshacerse en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua en las primeras décadas de independencia. La guerra civil que envolvió al norte de Centroamérica por efecto de la Federación y por los enfrentamientos internos entre diferentes grupos fue la causa de esa alteración. Así, la guerra civil que se extendió desde 1826 hasta 1829 minó la creencia de algunos en que las ideas liberales realmente llevarían el istmo a la felicidad. Tal fue el caso de Manuel Montúfar y Coronado quien en su evaluación de la situación de Centroamérica hacia 1832 deja ver profundas dudas sobre la capacidad de las leyes y las instituciones que se habían puesto en funcionamiento después de la independencia para llevar los estados centroamericanos a buen puerto.⁴⁰

El ascenso de Rafael Carrera en Guatemala pondrá en jaque el proyecto liberal en ese Estado. Su alzamiento definió la actitud hacia el papel de las masas y los indígenas en el proceso de concreción de las instituciones y leyes republicanas en Guatemala. Así, la revuelta de Rafael Carrera y su coronamiento en el poder replanteó la cuestión de articular comunidades políticas sin base en la etnia. El grupo conservador guatemalteco que se refugió detrás del poder de Carrera y que poseía un fuerte apoyo popular en las comunidades que habían seguido la aventura bélica del caudillo, se encargó de imponer nuevamente la idea colonial de comunidades étnicas separadas. De hecho, esa noción fue instituida legalmente

39 Ethel García Buchard, *Política y estado en la sociedad hondureña del siglo XIX (1838-1872)* (Tegucigalpa, Honduras: Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2008).

40 Manuel Montúfar y Coronado, *Memorias para la historia de la revolución de Centroamérica* (Guatemala, Tipografía Sánchez y de Guise, 1934 (1832)), pp. 248-253.

con el restablecimiento de las *Leyes de Indias* en 1851, pero había comenzado desde 1839 con una serie de decretos que pretendían proteger a los indígenas y que fueron contruidos sobre la imagen de que la igualdad decretada por la independencia había llevado al abandono y vejación de los indígenas.⁴¹ Esos decretos dejaron en entredicho el modelo de integración del liberalismo y, alentado por el miedo a la guerra de castas, pusieron sobre el tapete la discusión de si era realmente útil el esfuerzo de reunir a las comunidades indígenas y a las ladinas y de otorgar derechos ciudadanos a los aborígenes. Mirando hacia el pasado colonial, los conservadores guatemaltecos optaron por perpetuar la división.⁴²

En las décadas de 1840, 1850 y 1860 será fundamental, por tanto, intentar construir estados modernos que fuesen capaces de demostrar su viabilidad como tales. Durante esas décadas, si bien persiste la idea de reconstruir la Federación y ese proyecto, como se ha indicado, es especialmente fuerte en Guatemala y El Salvador, los países centroamericanos se toman en serio, algunos más que otros, la modelación de su institucionalidad republicana. En Costa Rica, inspirada ya por el desarrollo de la economía cafetalera, se intentará representar a un Estado fuerte que había sabido ser fiel con el ideal independentista sobre la felicidad. Tal idea está muy claramente expuesta en el *Bosquejo de la República de Costa Rica* publicado en 1851 por Felipe Molina: “Disuelta la Federación [sic], la individualidad política de Costa Rica, ha sido reconocida por todas aquellas naciones con quien estamos en contacto; al paso que la

41 Taracena y otros, *Etnicidad, Estado y Nación en Guatemala 1808-1944*, p. 76.

42 Sobre la revuelta de Carrera ver: Ralph Lee Woodward, Jr., *Rafael Carrera y la creación de la República de Guatemala, 1821-1871* (Guatemala: Plumssock Mesoamerican Studies y Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 2002); Juan Carlos Solórzano, “Rafael Carrera, ¿reacción conservadora o revolución campesina? Guatemala 1837-1873,” en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Vol. 13, No. 2 (1987); Greg Grandin, *The Blood of Guatemala: a History of Race and Nation* (Durham: Duke University Press, 2002), pp. 99-109.

República posee los principales elementos necesarios para sostener su independencia y soberanía, esto es: un buen nombre: un erario superior a los gastos, que no estando gravado con ninguna deuda extranjera ni doméstica presenta un sobrante disponible; y finalmente un pié de milicias bastante respetable y bien disciplinado”.⁴³

Como se admira en la narrativa de Molina, el éxito hacia el futuro se mide en esa época por una visión del Estado moderno en general, definiéndolo como uno que goza de independencia política y económica y aspira a un futuro promisorio. Una imagen de ese tipo de futuro cargado de gloria se encuentra también en las representaciones que hicieron las élites nicaragüenses con respecto a su posición geográfica y a su posibilidad de que un futuro canal oceánico convirtiera a Nicaragua en el centro del comercio mundial.⁴⁴ No obstante, justamente por esa posición geográfica que invitaba a las potencias a mirar con celo de control a ese país y, principalmente, por la rivalidad entre las ciudades de León y Granada, Nicaragua no logró consolidar un poder central frente a la fuerza del municipio colonial. Hacia mediados de la década de 1840, cuando se exacerbó la lucha entre León y Granada, Nicaragua seguía con problemas de centralización, lo cual se convertiría en la base que justificaría la llegada de William Walker y sus filibusteros en 1855.⁴⁵ En gran medida, los políticos nicaragüenses que invitaron a Walker y a sus filibusteros a Nicaragua pensaban que con ellos vendría el

43 Felipe Molina, *Bosquejo de la República de Costa Rica seguido de apuntamientos para su historia* (Nueva York, Imprenta de S.W. Benedict, 1851), p. 6.

44 Frances Kinloch Tijerino, “El canal interoceánico en el imaginario nacional. Nicaragua, siglo XIX”, *Taller de Historia, nación y etnia* (Managua), No. 6 (julio de 1994).

45 Frances Kinloch Tijerino, “Política y Cultura en la Transición al Estado-Nación. Nicaragua (1838-1858)” (San José: Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1999), pp. 62-88; ídem, “El primer encuentro con los filibusteros en Nicaragua: antecedentes y contexto”, Víctor Hugo Acuña Ortega (editor), *Filibusterismo y Destino Manifesto en las Américas* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2010), pp. 21-40.

ansiado progreso y futuro que la independencia había prometido. Aprovechado de esa visión, Walker construyó el concepto de la “regeneración” de Nicaragua que involucró el enfrentamiento con muchos de los ideales liberales que habían sucedido a la independencia, especialmente el de unidad e igualdad.⁴⁶ Con esa “regeneración”, Walker, en el discurso racista que motivaba políticamente su aventura, pretendía “civilizar” a Nicaragua. Justin Wolfe ha indicado que una parte de la élite mulata liberal nicaragüense también apoyó a Walker y, aunque precavida, tenía esperanzas en el líder filibustero.⁴⁷ Asimismo, Michel Gobat ha probado que también nicaragüenses de las clases bajas apoyaron a Walker, incluyendo en ese grupo a la población indígena de Masatepe, cuyos líderes pensaron que los filibusteros serían más sensibles a sus clamores que las élites ladinas.⁴⁸ Wolfe también ha señalado que lejos de ser simples actores manipulados por Walker, ciertos liberales nicaragüenses pretendían aprovecharse de los filibusteros en el futuro y convertirlos en una especie de Guardia Pretoriana de su proyecto político.⁴⁹ En ese sentido, una vez que terminó la guerra contra los filibusteros, los nicaragüenses debieron tratar de reconstruir la confianza en que su país podía ser un estado-nación viable.

El lenguaje de Walker y su presencia en Nicaragua, de alguna manera, significaron una renuncia a la capacidad de los políticos nicaragüenses de alcanzar por sus propias fuerzas el ansiado proyecto de estado-nación que se visualizaba en la independencia. Al ceder al

46 Michel Gobat, *Confronting the American Dream: Nicaragua under U.S. Imperial Rule* (Durham and London: Durham University Press, 2005), pp. 34-37.

47 Justin Wolfe, *The Everyday Nation-State: Community and Ethnicity in Nineteenth-Century Nicaragua* (Lincoln : University of Nebraska Press, 2007), p. 38.

48 Michel Gobat, *Confronting the American Dream: Nicaragua under U.S. Imperial Rule* (Durham: Duke University Press, 2005), pp. 34-37.

49 Justin Wolfe, “‘No nacen aquí hombres serviles’: raza, política y filibusterismo en Nicaragua en el siglo XIX”, en: Víctor Hugo Acuña Ortega (editor), *Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2010), pp. 119-140.

filibustero, la independencia desaparecía como concepto ligado a la consecución de ese ideal político y, por tanto, dejaba de tener el sentido semántico que poseía para los centroamericanos de esa época. Por eso, una de las primeras cosas que se imponen los políticos nicaragüenses después de la guerra contra los filibusteros es recuperar el significado de la voz independencia. Así lo hizo el presidente nicaragüense, general Tomás Martínez, al prestar juramento a la nueva Constitución Política en septiembre de 1858: “El Pueblo que marcha bajo la dependencia de otro, es semejante al esclavo sujeto a la voluntad de su señor, ó al hijo de familia que no ha salido de la patria potestad. En uno ó en otro caso no es dueño de sus actos, no puede disponer de sus recursos ni de sus talentos naturales. No así el pueblo que se ha elevado al rango de Nación, rompiendo las cadenas de su dependencia: éste ha logrado una ventaja suprema, la de ser una persona moral”.⁵⁰

¿Qué significado tenía esa relación entre formar un Estado y ser una “persona moral”? El sentido de esa relación estribaba en la relación entre el desarrollo de las leyes, la institucionalidad estatal, la conservación de la tradición y la protección del catolicismo. En los discursos del obispo costarricense Anselmo Llorente y la Fuente para movilizar a las tropas hacia Nicaragua se utiliza mucho la idea de que la invasión filibustera tenía como meta la perversión de las costumbres y la destrucción de la religión.⁵¹ Así, el ser una “persona moral” significaba poder conservar esos elementos como país independiente. Una visión que combina muy bien la relación entre independencia, estado, nación y religión se encuentra en el discurso que el cura nicaragüense Rafael Villavicencio pronunció el 15 de septiembre de 1858: “...desde aquel día glorioso y entusiasta para el pueblo

50 Frances Kinloch, “Fiestas Patrias: Tradición y Realidad (Nicaragua, 1858)”, en: Vannini, Margarita y Kinloch, Francés (editoras), *Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica, Siglos XVIII-XX* (Managua, Nicaragua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, Universidad Centroamericana, 1998), pp.83-92.

51 Víctor Sanabria Martínez, *Anselmo Llorente y la Fuente, primer obispo de Costa Rica (apuntamientos históricos)* (San José: Editorial Costa Rica, 1972), pp. 187-193.

centroamericano [15 de septiembre de 1821] un torrente horroroso de infortunios ha llovido sobre nuestro desventurado suelo: la negra nube de la discordia ha empeñado su funesta sombra en hermoso horizonte de la patria. Se han roto los vínculos sagrados de la unión y de la concordia, virtudes recomendables para la felicidad de los pueblos y he aquí el espíritu de partido, la guerra el desorden, la anarquía y la inmoralidad convirtiendo la libertad y la independencia en licencia y desenfreno, amargos frutos de nuestros caprichos, y de rastreras pasiones que nos pusieron en peligro de perder la nacionalidad y lo que es mas [sic] la religión”.⁵²

Es claro que hacia la década de 1860, en Centroamérica, el concepto de independencia está íntimamente relacionado con la condición de que cada país sea un estado autónomo y libre. En 1860, por ejemplo, en su libro *Catecismo de Geografía de Guatemala*, Francisco Gavarrete precisaba que Guatemala, después de la dominación española y de haber sido parte de la Federación Centroamericana, se había convertido en un estado soberano e independiente.⁵³ Pero no será sino hasta la década de 1870 que un nuevo impulso del liberalismo recapitulará el significado de los sueños de republicanismo nacidos al calor de la independencia. Los liberales centroamericanos que toman el poder en la década de 1870 se imaginaron y legitimaron a sí mismos como los restauradores del orden y la legalidad que, en sus discursos, había sido pisoteada por grupos conservadores y fanáticos que tomaron el poder en la década de 1830.⁵⁴ En su programa político, los liberales centroamericanos compartían un interés por el desarrollo

52 Citado por: Edgar Palazio, “Nicaragua 1854–1856: Nación, Religión y Poder Político...La Batalla de las Ideas Durante la Guerra Nacional”, ponencia presentada al VI Congreso Centroamericano de Historia, Universidad de Panamá, 22 al 26 de julio del 2002.

53 Francisco Gavarrete, *Catecismo de Geografía de Guatemala para uso de las escuelas de primeras letras de la República* (Guatemala, Imprenta de la Paz, 1860), p. 31.

54 Sonia Alda Mejías, “Las revoluciones liberales y su legitimidad. La restauración del orden republicano. El caso centroamericano. 1870–1876”, *Revista de Historia*

económico de sus países en su conexión con el comercio exterior, una secularización de las sociedades que involucró un enfrentamiento, a veces directo, con la Iglesia Católica y una incipiente motivación por inventar la nación. El elemento central de ese programa era por tanto la concreción de un estado-nación, aunque dicho proyecto solamente se emprendió, en esas décadas, de forma más o menos coherente, en Costa Rica gracias a la relativa continuidad de las instituciones políticas que se habían estado creando desde 1821.⁵⁵

En ese nuevo contexto, los liberales entendieron el pasado colonial en término de rezago y pobreza. Así, en 1875, Fabio Castillo, magistrado del Tribunal Supremo de Justicia de El Salvador, dividió la historia centroamericana entre una oscura época colonial y la certeza del progreso que la independencia había inaugurado. Otro tanto aseguró el cura nicaragüense Abelardo Obregón en 1871 cuando aseguró que: “Nicaragua, como todas las demás Repúblicas hispano-americanas, soportó cerca de 300 años de coloniaje, en cuyo tiempo no era más que un pueblo comprimido, que apenas daba pequeños síntomas de vida. Subyugada por la dura mano de España, las masas estaban privadas de los beneficios del saber; i es así cómo la inteligencia de estas, apenas reflejaba una luz moribunda, semejante a la que despidе la luna al travez [sic] de una atmósfera cargada de vapores”.⁵⁶ Los liberales costarricenses de la segunda mitad del

(Costa Rica), No. 45 (enero-junio de 2002), pp. 229-263.

55 James Mahoney, *The Legacies of Liberalism: Path Dependence and Political Regimes in Central America* (Baltimore, The John Hopkins University Press, 2001); David Díaz Arias, “Entre la Guerra de castas y la latinización. La imagen del indígena en la Centroamérica liberal, 1870-1944”, *Revista de Estudios Sociales* (Universidad de los Andes, Colombia), No. 26 (abril del 2007), pp. 58-72.

56 “Discurso pronunciado en el salón del ejecutivo por el señor Lic. Don Fabio Castillo magistrado del Tribunal Supremo de Justicia, en el LIV aniversario de la independencia de Centroamérica”, “Discursos pronunciados en el quincuagésimo aniversario de la independencia de Centro-América”, *Revista de Historia*, No. 45 (enero-junio 2002), pp. 307-313 y 315-323 respectivamente.

siglo XIX tampoco escondieron su antipatía por el periodo colonial. Hace ya tiempo, Iván Molina había mostrado que los historiadores costarricenses de esos años solían imaginar el pasado colonial como un momento de profunda pobreza. Molina resumió muy bien las causas que, según los historiadores liberales, habían producido la pobreza colonial: “La pobreza era el resultado de la ausencia de comercio, y esta última de la inexistencia de metales preciosos, la escasa población indígena (que obligó a los conquistadores y a sus descendientes a cultivar la tierra por sí mismos para no perecer, orientándolos hacia una economía de subsistencia), de las trabas que las autoridades guatemaltecas ponían al comercio de Costa Rica con Panamá y del fracaso de cultivos comerciales como el cacao y el tabaco”.⁵⁷ Este tipo de visión de la época colonial también está presente en otros discursos explicativos del pasado, como los del 15 de septiembre. Así por ejemplo, se ve en el editorial publicado el 15 de septiembre de 1871 por el periódico *La Gaceta*:

“¡Nación Feliz, que sino jugó en sus dias [sic] primeros con laureles colocados en su cuna por la mano de la bélica gloria, tampoco halla en sus recuerdos cuadros terribles de muerte i exterminio, ni tuvo ayer que derramar lagrimas sobre la tumba de sus padres muertos por el depotismo, ni guarda en su corazón la hiel de negros rencores hijos de la crueldad de sus tiranos. La cuna pacífica e incruenta de nuestra patria guarda la clave de su tranquila infancia i de su predestinación de paz i de progreso. Independizada por la lógica inflexible de los acontecimientos politicos [sic] de 1821 realizados en las demás colonias españolas, entró á la herencia de su soberania [sic] abintestato, sin quedar en la dura i dolorosa necesidad, de administrar como otras varias colonias un testamento de reacciones i de venganzas puesta en el goce de sus derechos políticos sin haber tenido que

57 Iván Molina Jiménez, “El legado colonial del Valle Central de Costa Rica: jueces y juicios”, Víctor Hugo Acuña Ortega e Iván Molina Jiménez, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José: Editorial Porvenir, 1991), p. 22.

arrancarlos a sus detentadores por la fuerza de las armas, no tuvo que continuar luchando con intereses creados por la guerra, ni con partidos extremos exaltados por la crueldad, ni con preocupaciones arrancadas por el odio. Sin ninguno de estos tristes legados que han perpetrado la contienda política, la miseria i el atraso en la mayor parte de las nacionalidades hispano-americanas, Centroamérica tuvo desde los primeros días [sic] de su independencia el ánimo sereno para ocuparse de sus intereses pacíficos, i el corazón tranquilo para promover su desarrollo sin sangrientas contiendas i sin utópicos extremos hijos de las pasiones soliviantadas i recrudescidas. Si a estas causas referentes a Centroamérica en general, quedará explicado el hecho, extraño a primera vista, del rápido i sorprendente progreso de nuestro país desde que fue nación sui juris, en medio de la general confusión, de las ruidosas i prolongadas luchas i del relativo atraso de las demás colonias españolas hechas independientes”.⁵⁸

A pesar de que en Nicaragua la década de 1870 no promovió la llegada de los liberales al poder, esto no motivó que el discurso sobre el pasado colonial no fuese similar al de los otros países centroamericanos. Así, por ejemplo, el cura nicaragüense Abelardo Obregón en 1871 indicó que:

“Nicaragua, como todas las demás Repúblicas hispano-americanas, soportó cerca de 300 años de coloniaje, en cuyo tiempo no era más que un pueblo comprimido, que apenas daba pequeños síntomas de vida. Subyugada por la dura mano de España, las masas estaban privadas de los beneficios del saber; i es así cómo la inteligencia de estas, apenas reflejaba una luz moribunda, semejante a la que despide la luna al travez [sic] de una atmósfera cargada de vapores.

Nicaragua no estaba inscrita en el catálogo de las naciones: no tenía [sic] personalidad en la gran familia del género humano ni contaba con porvenir alguno.

58 *La Gaceta*, 16 de septiembre de 1871.

Pero llegó en buena hora el 15 de Setiembre de 1821: el sol de aquel venturoso día [sic] inflamó los corazones de nuestros padres; i levantando sus frentes por tanto tiempo abatidas, lanzaron el grito glorioso de libertad é independencia”.⁵⁹

Como se aprecia, los liberales definieron la independencia como un acontecimiento que marcaba la historia de la región. En esa definición, concibieron ese hecho como la inauguración de la historia de estos países y, en ese sentido, repitieron la idea de que independencia para un país era el término que le daba su mayoría de edad, su entrada en la “gran familia del género humano”, su liberación de la oscuridad y su posibilidad de alcanzar el progreso. Con esa renovación del significado original del término independencia, se abría nuevamente la utopía liberal que se había inaugurado en 1821, es decir, la de alcanzar la felicidad.

59 David Díaz Arias, “Alocuciones constructoras y modeladoras de identidad: discursos del 15 de setiembre de 1821 en Centroamérica”, *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 45 (enero-junio de 2002), pp. 315-316.

CAPÍTULO III

Las naciones liberales, 1870-1954

Podríamos decir que aunque existen ciertas variantes de deseos nacionales en Guatemala, El Salvador y Nicaragua en el periodo posterior a la desintegración de la Federación Centroamericana, los problemas de afirmación de un consenso entre las elites dirigentes acerca de un proyecto estatal, ajustado a una división interna afirmada por localismos con base municipal, baluartes de las identidades políticas antiguas, limitan cualquier proyecto de construcción nacional en estos países. Por otro lado, el lamento por la unión centroamericana expresa en sus discursos un temor y una desidia sobre la construcción de estados más pequeños que aquella autoridad política. Por ejemplo, en ocasión de la inauguración del monumento a Francisco Morazán y de la inhumación de sus cenizas en marzo de 1882 en El Salvador el presidente Zaldívar abogó a los que escucharon su discurso porque se afiliaran a “la santa causa” del patriota centroamericano, mientras que unos días después el Dr. Antonio Guevara Valdés, más claramente, sentenció que,

“Si el plomo homicida de la traición no hubiera cortado el hilo de su existencia [la de Morazán], hoy nos veríamos formando una importante entidad política, fuerte en sus instituciones y considerada con respeto por las naciones extranjeras; mas hoy no somos más que parodias de naciones; formando tan solo cinco agrupaciones políticas que, separadas, nada significan en el concepto de las demás que pueblan el mundo”.⁶⁰

60 “Discurso pronunciado en el Cementerio General de San Salvador por el

Si bien en los próximos años se reiterarán discursos como este en varios de los diarios de Centroamérica, es posible afirmar que, aunque no se renuncia a la idea de la Patria Grande, el consenso que logró la afirmación del proyecto liberal entre las elites de la región posibilitó la consolidación y promoción de un proyecto de nación. Sobre todo, tal cosa se realizó como parte de un proceso secularizador que, emprendido desde las esferas de poder, intentaba asegurar la superioridad del poder del Estado sobre otros poderes como el eclesiástico. En esencia, esto se intentará a partir de la invención de tradiciones, la afirmación, también inventada, de una cierta homogeneidad en la población y de la promoción de la solución del problema indígena.

Costa Rica

En septiembre de 1871, en un artículo que se publicó en el diario costarricense *La Gaceta* con el fin de celebrar la fiesta de la independencia, se afirmaba que la particularidad del desarrollo histórico de Costa Rica frente a América Latina radicaba en:

“La homogeneidad de la raza que constituyó desde el principio la población costarricense. Esta homogeneidad entraña un elemento concorde, que tiene una alta importancia en la vocación de los pueblos a altos destinos... En casi todas las comarcas de Hispano-América hallareis los mismos hechos producidos por idéntica causa. Allí, además del promiscuo elemento latino, se han combinado el indígena i el africano, fomentando así el antagonismo de las clases sociales, i la confusión i la guerra en unas partes i el despotismo mas humillante sobre las razas débiles en otras...”

doctor Antonio Guevara Valdés, en virtud de comisión del ciudadano Presidente de la República, en el acto de la solemne inhumanación de las cenizas del benemérito General Francisco Morazán”, *Diario Oficial*, 21 de marzo de 1882, p. 286. Citado por López Bernal, “El Proyecto Liberal de Nación en el Salvador (1876-1932)”..., p. 109.

... Otra de las causas de que en nuestro país el progreso haya sido relativamente mas rápido en los cortos años corridos desde su independencia es: que Costa Rica no heredó el cancro de la esclavitud de los africanos, pues que el pequeño número de esclavos que poseia al independizarse bien pronto los declaró libres, sin el peligro i sin las funestas consecuencias que esta justa i humanitaria declaratoria ha corrido en las naciones americanas que poseian un gran número de siervos, i que hicieron pesar mas tiempo sobre ellos su ominoso yugo. *La esclavitud aqui no pudo ser pues ni un elemento de confusión ni un jérmen de la guerra de castas.*

Lo escaso i débil de las relaciones de Costa-Rica con la madre patria durante el coloniaje , tambien fué oríjen del espíritu pacífico i fraternal de los costarricenses. En todas las colonias en que los españoles formaban una clase numerosa de la sociedad se establecieron dos esferas sociales muy separadas por el medianil de ese respeto supersticioso que los americanos tenian a los europeos i del desdeñoso i necio orgullo con que estos miraban i trataban a aquellos. Esta separación de clases por ese motivo ha sido en casi todos nuestros países el origen de las divisiones sociales en oligarcas i demócratas, en nobles i plebeyos, que han acabado donde quiera en sangrientas guerras de carácter político que por desgracia durarán algunos años. Preparados pues á la libertad porque casi no conocieron la esclavitud; creados en la igualdad como estraños á nobiliarias preocupaciones, i á la fraternidad por *la homojenidad de la raza i uniformidad de las costumbres* poseian i practicaban aun antes de conocerlas, las tres verdades políticas de LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD, que constituyen al fundamento del derecho publico americano.”⁶¹

61 “No Oficial. 15 de septiembre”, *La Gaceta*, 16 de septiembre de 1871, No. 37, pp. 3-4. Se respeta en todo momento la ortografía del documento original. Las

El texto anterior ha sido considerado el resultado de la construcción de imágenes que sobre su comunidad política había venido realizando la elite político-económica costarricense desde la década de 1820.⁶² Dichas imágenes de auto-representación maduraron en el seno de esa elite y en la prensa costarricense en las décadas de 1840, 1850 y 1870 generando un consenso sobre cómo debía interpretarse el desarrollo político posterior a la independencia (1821) y la particularidad de Costa Rica frente a los otros países de América Latina. Su autoimagen, generada en la comparación con los demás estados centroamericanos, les permitió a estas elites en esos años formular etiquetas identitarias de su población que, alentadas en parte por cierta realidad (como la paz vivida en el país entre 1824 y 1835 en comparación con la guerra civil de los otros países del Istmo), y por la imaginación, se expresó en una visión de la Costa Rica colonial como una sociedad sin castas ni divisiones sociales, sin poblaciones indígenas, desprovista casi de esclavos y sin nobleza (ni pretensiones sociales de alcanzarla), igualitaria y con costumbres uniformes.⁶³

¿A qué se debía que, saltando la realidad histórica,⁶⁴ las clases dirigentes costarricense enarbolaran una imagen tal de su heterogénea

mayúsculas del texto también pertenecen al original, pero las cursivas son mías.

62 David Díaz Arias, “Inventión de una tradición: la fiesta de la independencia durante la construcción del estado costarricense, 1821-1874,” en: *Revista de Historia* (Costa Rica) No. 45 (enero-junio del 2002), pp. 105-162.

63 Víctor Hugo Acuña Ortega, “La inventión de la diferencia costarricense, 1810-1870,” en: *Revista de Historia* (Costa Rica) No. 45 (enero-junio del 2002), pp. 191-228.

64 Las investigaciones sobre la época colonial costarricense han demostrado que tales imágenes de igualdad o de ausencia de divisiones sociales son solo parte de un proyecto de inventión de un pasado glorioso y no realidades históricas. Ver: Elizabeth Fonseca, *Costa Rica Colonial. La tierra y el hombre* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1983). Lowell Gudmundson, *Costa Rica antes del café: sociedad y economía en vísperas del boom exportador* (San José: Editorial Costa Rica, 1993). Iván Molina Jiménez, *La alborada del capitalismo agrario en Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1988). Ídem, *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991).

comunidad política? Fundamentalmente a que a través de ese discurso, se abocaba a la legitimación de su proyecto político, le brindaba una base discursiva a sus aspiraciones económicas y tendía una manta sobre la mirada multicolor que se advertía en su población y en su historia. Esto, en un momento de cambio político luego del golpe de estado que, según la historiografía costarricense, llevaría a un grupo liberal al poder,⁶⁵ explican mucho la certificación realizada por el editorial citado arriba.

Pero el asunto no acababa allí. Como se ve claramente, el texto anterior niega que los indígenas siquiera fuesen sujetos de ese territorio llamado Costa Rica. Para este editorialista, los indígenas en Costa Rica simplemente no existían. Así, gracias también a la propaganda que en ese sentido hicieron varios viajeros europeos que pasaron por el país entre 1821 y 1850, a la par de la imagen de pacíficos por naturaleza y de una sociedad sin divisiones y llamada al progreso, creció la de la representación de la sociedad costarricense como “homogénea de raza” que, en las décadas de 1850 y 1860, se trastocó en la representación de los costarricenses como blancos.⁶⁶

A partir de 1870 esta idea se afianzó y se proyectó como un programa político-cultural. De tal forma, contaminados con las ideas racistas del darwinismo social de la segunda mitad del siglo XIX,⁶⁷ los políticos y los intelectuales costarricenses insistieron en identificar a su población como blanca y como homogénea. Ya en 1866 por ejemplo en el *Compendio de Geografía*, un texto hecho para las escuelas primarias del país, se aseguraba que en Costa Rica la población ascendía a

65 Orlando Salazar Mora, *El Apogeo de la República Liberal en Costa Rica 1870-1914* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1998).

66 Acuña Ortega, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, pp. 211-217.

67 Steven Palmer, “Racismo Intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920,” en: *Mesoamérica* (Guatemala), año 17, No. 31 (junio de 1996), pp. 99-121. Lara Elizabeth Putnam, “Ideología racial, práctica social y Estado liberal en Costa Rica”, en: *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 39, (enero-junio de 1999), pp. 139-186.

“120,875 habitantes, de los cuales, *exceptuando una parte insignificante de raza indígena ó mezclada, casi todos son blancos y forman una población homogénea*, laboriosa y activa; siendo quizá la única república hispano-americana que goza de esta indisputable ventaja”.⁶⁸

La noción de raza blanca se consolidó en la década de 1880 a través de los textos escolares y su presencia hizo que la población indígena del país fuera primero considerada mínima —como en el texto anterior— y luego fuera desaparecida por completo.⁶⁹ Joaquín Bernardo Calvo, uno de los primeros historiadores costarricenses y cercano al grupo dirigente, aseguró con endereza en 1887 en sus *Apuntamientos geográficos, estadísticos e Históricos* de la República de Costa Rica, que,

“En Costa Rica, *si bien existe la raza primitiva, su número es exiguo y está completamente separada de la población civilizada*. Esta es blanca, homogénea, sana y robusta, y une a estas buenas condiciones físicas las que son de un valor más estimable: su laboriosidad y afán por su cultura y prosperidad, su espíritu de orden y amor al trabajo y su denuedo y arrojo, cuando se trata de la defensa de la Nación. La moralidad del pueblo y su respeto a la autoridad es notoria...”

Desaparecer por completo la imagen del indígena en Costa Rica era difícil, así que la táctica de los intelectuales fue ubicarla temporalmente en el pasado, mientras que los indígenas vivos (alrededor de 3000 en 1900) eran vistos como ajenos a la nación, sin

68 Citado por: Ronald Soto, “Desaparecidos de la Nación: los indígenas en la construcción de la identidad nacional costarricense 1851-1924,” en: *Revista de Ciencias Sociales* (Costa Rica), No. 82 (diciembre de 1998), pp. 31-53, cita p. 37. Las cursivas son mías. Sobre la construcción de Costa Rica como sociedad blanca, ver además: Ronald Soto Quirós y David Díaz Arias, *Mestizaje, indígenas e identidad nacional en Centroamérica: de la colonia a las repúblicas liberales* (San José, Costa Rica: FLACSO, 2006).

69 Juan Rafael Quesada Camacho, *América Latina: Memoria e Identidad. 1492-1992* (San José, Costa Rica: Editorial Respuesta, 2da. edición, 1993), pp. 115-116.

conexión con ella y en vías de desaparición.⁷⁰ Por otro lado, como se admira en la sentencia de Calvo, los indígenas son considerados como una “raza primitiva” que parece ser el espejo—lo contrario—a aquello que se construye como civilización. En ese juego, la oposición bueno versus malo es notoria. La población costarricense así, es descrita como no indígena y además como blanca, sana, robusta, laboriosa, con amor por el orden y el trabajo y como un pueblo respetuoso de la moralidad y de la autoridad.⁷¹

Es interesante incluso que la representación del indígena, a pesar de encontrarse fuera de este círculo considerado como “lo nacional,” sí fue incluida en cierto momento en él pero con la intención —nuevamente— de señalar la diferencia entre Costa Rica y Centroamérica. Tal cosa ocurrió en 1882 cuando, por efecto de las “expediciones” del obispo de Costa Rica Bernardo Augusto Thiel a las comunidades indígenas Guatuso-Malecus del norte de Costa Rica (en la frontera entre este país y Nicaragua), organizadas en parte con fines espirituales y etnográficos, el obispo escribió varias cartas que fueron publicadas en los periódicos de la capital costarricense relatando su viaje por esas comunidades. Lo más importante es que Thiel también detalló la explotación laboral y la masacre de esos indígenas realizada por parte de huleros nicaragüenses, en proporciones que alcanzaban el genocidio. Estas cartas permitieron al discurso oficial costarricense crear una imagen malvada de los nicaragüenses, que se oponía a la del costarricense como “bueno,” lo que favoreció también la disposición de los grupos de poder del país (particularmente la Iglesia), a visualizar

70 Soto, “Desaparecidos de la Nación: los indígenas en la construcción de la identidad nacional costarricense 1851-1924,” pp. 41-52.

71 En otro trabajo ya había indicado la recurrencia a este tipo de discurso en los editoriales, artículos periodísticos y discursos que se escribían y esgrimían en las fiestas de la independencia en Costa Rica. Ver: David Díaz Arias, “Una Fiesta del Discurso: vocabulario político e identidad nacional en el discurso de las celebraciones de la independencia en Costa Rica, 1848-1921,” en: *Revista Estudios* (Costa Rica), No. 17 (2003), pp. 73-104.

a estos indígenas como “proto-costarricenses,” “nuestros hermanos perdidos,” “hijos de Dios y además costarricenses,” y “nuevos hijos dados a la nación que contribuirán con sus manos a explotar las tierras que eran, en alguna forma, extranjeras a la misma nación.”⁷² Empero, a pesar de este acercamiento entre el discurso nacional costarricense con las comunidades indígenas, la representación del indio siguió siendo ubicada en el pasado anterior a la conquista, algo que quedó muy claro en las exposiciones del Museo Nacional de Costa Rica.⁷³

Sería el presidente costarricense Cleto González Víquez quien llevaría a su máxima expresión el discurso sobre la “raza homogénea” al señalar al Congreso de Costa Rica en 1908, que en vez de fomentar la inmigración de extranjeros para colonizar áreas vacías, se debía propiciar la “auto-inmigración,” es decir, “llevar al máximo la producción de y la reproducción nacional por medio de una baja en la tasa de mortalidad infantil y la implementación de medidas moral y biológicamente sanitarias en toda la República.”⁷⁴ Ya que se temía que la imagen de homogeneidad se alterara con la llegada de inmigrantes, lo mejor, según González Víquez, era robustecer la población nacional y hacerla crecer. En la década de 1910 y 1920 esta idea tendrá un eco importante en los obreros y artesanos costarricenses quienes se opondrán a la inmigración que, desde su perspectiva, les producía competencia en sus puestos de trabajo.⁷⁵

72 Marc Edelman, “A Central American Genocide: Rubber, Slavery, Nationalism, and the Destruction of the Guatusos-Malekus,” en: *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 40, No. 2 (Apr., 1998), pp. 356-390. Las descripciones apuntadas están en la página 375.

73 Ronny Viales, “El Museo Nacional de Costa Rica y los albores del discurso nacional costarricense (1887-1900),” en: *Vínculos* (Costa Rica), Volumen 21, Nos. 1-2 (1995), pp. 99-123.

74 Steven Palmer, “Hacia la ‘Auto-inmigración’, El nacionalismo oficial en Costa Rica 1870-1930”, en: Arturo Taracena y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pp. 75-85.

75 Víctor Hugo Acuña Ortega, “Nación y clase obrera en Centroamérica durante

No obstante la mayor originalidad de los políticos liberales costarricenses de las décadas de 1880 y 1890 en la invención de la nación, radicará en el rescate y la construcción de la Campaña Nacional de 1856-1857 (disminuida por ellos al año 1856) y de la figura de Juan Santamaría como héroe nacional.⁷⁶ El objetivo perseguido en ese sentido, radicaba en construir una memoria histórica seleccionando los acontecimientos que más provecho les traerían en la consecución de su tarea. El resultado de este empeño será la develización de la estatua al soldado Juan el 15 de setiembre de 1891 y la del Monumento Nacional en setiembre 1895.⁷⁷ Primero, necesariamente, Santamaría debió ser blanqueado porque su apodo de “Erizo” delataba su procedencia mulata. Tal proeza la realizó el ideólogo liberal Pío Víquez en 1887 cuando aseguró que el pelo “encrespado y rudo” que cubría la cabeza de Santamaría era “no poco semejante al de la raza africana; pero en su tipo se descubrían los rasgos característicos de la nuestra”.⁷⁸ Juan Santamaría sería entonces ensalzado y entronizado como el héroe de la nación costarricense. El énfasis en el soldado Juan se produjo porque su imagen de trabajador humil-

la época Liberal (1870-1930)”, en: Iván Molina y Steven Palmer (editores), *El Paso del Cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* (Editorial Porvenir, Plumsock Mesoamerican Studies, 1994), pp. 145-165, especialmente p. 156.

76 Palmer, “Sociedad Anónima, Cultura Oficial: Inventando la Nación en Costa Rica, 1848-1900”, pp. 169-205. Ver además: Rafael Ángel Méndez, *Imágenes del poder: Juan Santamaría y el ascenso de la nación en Costa Rica (1860-1915)* (San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2007).

77 Patricia Fumero, *El Monumento Nacional, fiesta y develización, setiembre de 1895* (Alajuela, Costa Rica, 1998); ídem, “La celebración del santo de la patria: la develización de la estatua al héroe nacional costarricense, Juan Santamaría, el 15 de setiembre de 1891”, en: Iván Molina Jiménez y Francisco Enriquez Solano, *Fin de Siglo e Identidad Nacional en México y Centroamérica* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000) y Annie Lemistre Pujol, *Dos Bronces Conmemorativos y Una Gesta Heroica. La estatua de Juan Santamaría y el Monumento Nacional* (Alajuela, Museo Histórico-Cultural Juan Santamaría, 1988).

78 Palmer, “Hacia la ‘Auto-inmigración’...”, pp. 77-78.

de y de defensor de la Patria, permitía a los liberales relacionarlo con las clases desposeídas y propugnarlo como el modelo ideal de ciudadano. Por el contrario, otros personajes que eran menos efectivos en ese sentido, como Juan Rafael Mora Porras, deberán esperar, y con timidez, hasta la década de 1910 para ser diseñados como héroes nacionales en el contexto del auge del antiimperialismo norteamericano.⁷⁹

El marco institucional utilizado para la difusión de estos íconos fue la educación escolar y las celebraciones de la independencia. Estas últimas experimentaron una consecución en sus ritos desde el segundo lustro de la década de 1870 y se secularizaron a partir de inicios de la de 1880 (abandonando la misa y el Te Deum tan corrientes en los años anteriores); de forma tal que su extensión geográfica y su legitimación social sirvieron para inaugurar las estatuas a la Campaña Nacional en la década de 1890. Justamente, gracias a la nueva estrategia diseñada por Justo A. Facio en 1899, la fiesta de la independencia se conjugará con la escuela en lo que se llamaría la “fiesta escolar” y permitirá la promoción, a través de los maestros y maestras, del significado otorgado a la Bandera Nacional y al Himno Nacional, éste último después de 1903 cuando estrene una nueva letra que lo volverá popular.⁸⁰ Se puede afirmar que, hacia la década de 1920, la nación costarricense se encuentra ya construida e incluso está pasando por un periodo de reinención en la literatura y de afirmación en la plástica.⁸¹

Esto ocurrió así porque el discurso liberal sobre nación y ciudadanía que se desarrolló al final del siglo XIX en Costa Rica, se

79 David Díaz Arias, “Fiesta e imaginaria cívica: la memoria de la estatuaria de las celebraciones patrias costarricenses, 1876-1921” en: *Revista de Historia*, Nos. 49-50 (enero-diciembre, 2004), pp. 111-154.

80 David Díaz Arias, *La Fiesta de la Independencia en Costa Rica, 1821-1921* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007).

81 Iván Molina Jiménez, *Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002), pp. 43-78.

ligó fuertemente a la ampliación del sistema electoral. La tendencia a la inclusión política de las clases populares comenzó en 1885 y se afirmó porque la Constitución de 1871 (re-establecida en 1882), prácticamente instituyó el sufragio universal masculino en las elecciones de primer grado. Así, en ese nivel, la Constitución no exigía a los votantes saber leer y escribir, mientras que el requisito de poseer una propiedad era tan ambiguo que no constituía realmente un criterio de exclusión.⁸²

El resultado de esta inclusión política fue el ensanchamiento del padrón electoral y la promoción de la competencia política que se incrementó después de 1902 cuando Rafael Iglesias entregó el poder a Ascensión Esquivel y terminó con el llamado “liberalismo autoritario”. De esta forma, Costa Rica experimentó entre 1902 y 1913 (año en que se aprueba el voto directo) una participación electoral que superaba a las de otras partes de América Latina y la acercaba a la experiencia de Gran Bretaña y Estados Unidos. Esto se debió a que, en su afán por capturar el mayor número de sufragios posibles, “los partidos se esforzaron por empadronar y movilizar a todos los varones costarricenses que podían calificar para votar, independientemente de su etnia o condición social” y, para coronar esas metas, “empezaron a establecer compromisos con sus votantes, ya fuera para satisfacer expectativas individuales, familiares o comunales”.⁸³ La relación de clientelismo político que esta práctica promovió afirmó la lucha de otros grupos por construir un tipo diferente de ciudadanía a principios del siglo XX.

Así, en las primeras décadas del siglo XX un grupo de jóvenes reunido en torno a los intelectuales Joaquín García Monge y

82 Iván Molina Jiménez, “Elecciones y democracia en Costa Rica (1885-1913)”, *Democracia y elecciones en Costa Rica. Dos contribuciones* (San José: FLACSO, 2001), pp. 9-32.

83 Molina Jiménez, “Elecciones y democracia en Costa Rica (1885-1913)”, p. 23. Ver además: Iván Molina Jiménez, *Demoperfectocracia. La democracia pre-reformada en Costa Rica (1885-1948)* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad Nacional, 2005), pp. 31-265.

Roberto Brenes Mesén comenzaron a criticar el estilo político liberales y a proponer otras formas de definición de la participación ciudadana, de la nación y de la democracia. Esa crítica se conjugó con el reclamo social por reformas que se extenderá, con varios logros, entre 1900 y 1940.⁸⁴ Dentro del concepto de ciudadanía se integraron entonces términos como seguridad social, lucha contra la pobreza, higienización, control de los vicios, práctica de la caridad pública, la lucha por la conservación de las tradiciones y costumbres y la discusión sobre el ensanchamiento del derecho del sufragio a las mujeres así como su participación en política.⁸⁵ En la década de 1940

84 Carlos Bermejo Martínez, *Roberto Brenes Mesén. Conductor e ideólogo de la Costa Rica de 1900 a 1947* (Heredia, Costa Rica: Editorial de la Universidad Nacional, 2002); Gerardo Morales, *Cultura Oligárquica y Nueva Intelectualidad en Costa Rica: 1880-1914* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, segunda reimpresión, 1995); Iván Molina Jiménez, *La ciudad de los monos. Roberto Brenes Mesén, los católicos heredianos y el conflicto cultural de 1907 en Costa Rica* (San José: EUCR; Heredia: Editorial EUNA, 2002).

85 Steven Palmer, "Adiós *Laissez-Faire*: la política social en Costa Rica (1880-1940)," *Revista de Historia de América* (Mexico), No. 124 (January-June, 1999), pp. 99-117; Steven Palmer, "Central American Encounters with Rockefeller Public Health, 1914-1921," Joseph Gilbert, Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore, eds., *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of US-Latin American Relations* (Durham: Duke University Press, 1998), pp. 311-332; Steven Palmer, "Confinamiento, mantenimiento del Orden y Surgimiento de la Política Social en Costa Rica, 1880-1935," *Mesoamérica* (Guatemala), No. 43 (June, 2002), pp. 17-52; Juan José Marín, "De curanderos a médicos. Una aproximación a la historia social de la medicina en Costa Rica: 1800-1949," *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 32 (July-December, 1995), pp. 65-108; Ronny Viales Hurtado, "El régimen liberal de bienestar y la institucionalización de la pobreza en Costa Rica 1870-1930," Iván Molina Jiménez, "Cuestión social, literatura y dinámica electoral en Costa Rica (1880-1914)," y Juan José Marín, "La miseria como causa atenuante de la delictividad: el caso de la delincuencia de menores y la cuestión social: 1907-1949," todos estos últimos en *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950*, Ronny J. Viales Hurtado ed. (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005), pp. 71-100; 193-206, y 297-323; Eugenia Rodríguez Sáenz, "¡Dotar de voto político a la mujer! ¿Por qué se aprobó el sufragio femenino en Costa Rica hasta en 1949?", Sara Poggio y Monserrat Sagot eds., *Irrumpiendo en lo público*.

a estas definiciones de la ciudadanía se unirá una discusión pública muy fuerte sobre la manera en que se debía entender el enfrentamiento a las ideas totalitarias y al comunismo.⁸⁶

Nicaragua

Un proceso parecido al de la recuperación de la lucha antifilibustera se produjo en Nicaragua a partir de 1870 con la construcción de la fiesta de la Batalla de San Jacinto y con la figura de José Dolores Estrada. Tal iniciativa intentó combatir la división partidista y local construida en el periodo anterior y promover una unidad entre las elites nicaragüenses.⁸⁷ No obstante, este proceso no se tradujo en una tradición certera que suscitara una identidad nacional inmediata y, por otro lado, no alteró significativamente la atención de las elites nicaragüenses por el progreso representado por los Estados Unidos, a lo que contribuyeron las misiones científicas organizadas por el gobierno de Ulises Grant para encontrar el sitio más conveniente para la edificación del soñado e imaginado canal interoceánico que convertiría a Nicaragua, en palabras del presidente Pedro Joaquín Chamorro en 1878, en la “ruta del comercio de ambos mundos”.⁸⁸

Seis facetas de las mujeres en América Latina (San José: Maestría Regional en Estudios de la Mujer y Latin American Studies Association, 2000), pp. 175-206.

86 Manuel Solís, *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006); Dennis Arias Mora, *Utopías de quietud. Cuestión autoritaria y violencia entre las sombras del nazismo y del dilema antifascista (Costa Rica, 1933-1943)* (San José: EUNED, 2011); Iván Molina Jiménez, *Anticomunismo reformista. Competencia electoral y cuestión social en Costa Rica (1931-1948)* (San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 2007).

87 Patricia Fumero, “De la iniciativa individual a la cultura oficial. El caso del general José Dolores Estrada”, en: Iván Molina y Patricia Fumero, *La Sonora Libertad del Viento. Sociedad y Cultura en Costa Rica y Nicaragua (1821-1914)* (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1997), pp. 13-41.

88 Kinloch Tijerino, “Identidad nacional e intervención extranjera. Nicaragua,

En esencia, como ocurriera con el proyecto ferrocarrilero en el gobierno de Barrios en Guatemala y de Guardia Costa Rica,⁸⁹ los gobiernos conservadores del llamado periodo de los Treinta Años en Nicaragua concentraron su imaginaria nacional en la idea del canal y en la cimentación de vías para la comunicación y el transporte.

Una vez que volvieron al poder después de la caída de Zelaya en 1909, los conservadores insistirán en la alianza con los estadounidenses, mientras que la prensa liberal celebrará con júbilo la adopción cada vez más acelerada entre los jóvenes de las élites de un estilo de vida, unas costumbres y unas modas provenientes de la potencia del norte. Lo más interesante es que, contrario al consenso que podría haber ocasionado este gusto por el progreso y el estilo de vida estadounidense entre los grupos liberales y conservadores, una parte de la élite granadina observó con preocupación y rechazó con fuerza la llegada de esos valores cosmopolitas y modernizantes, especialmente su eco entre las mujeres nicaragüenses, y, a través de la Liga de los Caballeros Católicos, combatió este proceso. Igualmente enfrentada a la llegada de misioneros protestantes, la Liga de los Caballeros Católicos enarboló los valores de la doctrina social de la Iglesia frente a la explotación presente en las plantaciones cafetaleras, inventando con ello un pasado colonial de cultura igualitaria basado en la hacienda ganadera. Esta santificación de la vida rural frente a la perversión de la modernidad, propició un giro antiburgués en una buena parte de la élite nicaragüense hasta entonces identificada con el progreso destellado por los Estados Unidos y construyó y consolidó un movimiento en contra de la intromisión norteamericana en Nicaragua que llevaría a esta fracción de la élite a buscar una alianza con Augusto César Sandino.⁹⁰

1840-1930”, p. 176.

89 Steven Palmer, “A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica, 1870-1900” (Ph.D. Dissertation, Columbia University, 1990), pp. 117-139.

90 Michel Gobat, “Contra el espíritu burgués: la élite nicaragüense ante la amenaza

Justo en la lucha de Sandino se traducían otra idea de lo nacional nicaragüense que se venía debatiendo desde finales del siglo XIX: el lugar de los indígenas y el de la Costa Caribe en un proyecto nacional que se había descrito desde 1881 en el discurso oficial como una nación étnicamente homogénea.⁹¹ Los liberales costarricenses triunfaron en la consolidación de una imagen de nación que ocultando el mestizaje con la representación de sí mismos como una “raza homogénea,” encubrió también la presencia indígena en la historia y el presente de ese país. Se puede asegurar que hacia la década de 1910 este discurso había sido asumido por la mayoría de la población del país gracias a la extensión de la escuela primaria.⁹² En Nicaragua ocurrió algo parecido en la zona pacífica, pero los alcances van a ser más limitados. Fundamentalmente, los gobiernos conservadores (1859-1893), intentaron construir una representación nacional basada en la homogeneidad también, pero en este caso aludiendo a la idea de que Nicaragua era una nación mestiza. Así, ya en 1881 el discurso oficial nicaragüense denominó a su país como una nación étnicamente homogénea.⁹³ Como ha apuntado Jeffrey Gould, la revolución liberal de 1893 que impuso como presidente a José Santos Zelaya, no rompió con este discurso; al contrario, reproduciendo la visión de civilización y barbarie esgrimida en otras latitudes, las elites ladinas nicaragüenses “proyectaron una imagen del

de la modernidad, 1918-1929”, en: *Revista de Historia (Nicaragua)*, No. 13 (1999); ídem, “Against the Borgeois Spirit: the Nicaraguan elite under U.S. imperialism, 1910-1934 (Chicago: Ph.D dissertation, University of Chicago, 1998).

91 Jeffrey Gould, “Nicaragua: la nación indohispana”, en: Taracena y Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica...*, p. 254.

92 Iván Molina Jiménez, *Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002).

93 Jeffrey Gould, “Nicaragua: la nación indohispana”, en: Taracena y Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, p. 254.

indio representado como un primitivo, que obstaculizaba el progreso a través de la ignorancia y del mal uso de sus tierras comunales.”⁹⁴

El gobierno de Zelaya (1893-1909), cuya retórica nacionalista giró en torno a un patriotismo heroico y romántico, “desató una campaña para transformar a la población india en ladina y para absorber sus tierras.”⁹⁵ El problema se acentuó con la llamada “incorporación” de la Mosquitia a Nicaragua en 1894, una región del caribe nicaragüense que había sido posesión inglesa, cuyas estipulaciones de incorporación anunciaban una autonomía comunal para las poblaciones indígenas y la promesa de invertir las rentas producidas por ellas en la misma región. Empero, la unidad al estado nicaragüense no supuso una mejora en la condición de los indígenas miskitos, sino más bien su progresivo ataque: fueron catalogados como “tribus infelices, esquimados por los creoles, en eterna servidumbre” e incapaces de poder organizar un gobierno local particular.⁹⁶

En los años siguientes a la incorporación, el estado nicaragüense realizó numerosos intentos para construir su control sobre la Mosquitia y la costa Caribe del país, ahora nombrada como Departamento Zelaya. Así, las autoridades estatales impusieron impuestos, usurparon tierras, establecieron estructuras locales de dominio político, y, a su vez, aplicaron restricciones al uso de otros idiomas además del español.⁹⁷ De esa manera, las tensiones entre la costa caribe y el centro del estado nicaragüense en el pacífico central continuaron e incluso supusieron la intervención de Inglaterra.

94 Jeffrey Gould, “¡¡Vana ilusión!! Los indios de Matagalpa y el mito de la Nicaragua mestiza (1880-1925),” en: *Talleres de Historia* (Nicaragua), No. 6, (julio de 1994), p. 85.

95 Gould, “Nicaragua: la nación indohispana,” p. 254.

96 Volker Wunderich, “La unificación nacional que dejó una nación dividida. El gobierno del presidente Zelaya y la ‘reincorporación’ de la Mosquitia a Nicaragua en 1894”, en: *Revista de Historia* (Costa Rica) No. 34 (julio-diciembre 1996), p. 31.

97 Charles R. Hale, *Resistance and Contradiction. Miskitu Indians and the Nicaraguan State, 1894-1987* (California: Stanford University Press, 1994), pp. 45-46.

Por otro lado, los miskitos debieron soportar todavía la penetración en su territorio de misiones angloamericanas como la iglesia moraviana que se acrecentaron después del golpe de estado de 1909 y la llegada de los marines a las costas nicaragüenses.⁹⁸ La congregación moraviana tendió a mirar a los indígenas como una población a la que había que evangelizar, estigmatizando sus prácticas como “paganas.” Por su parte, los indígenas miskitos resistieron esta evangelización, lo que valió para que esas representaciones fuesen constantes.⁹⁹

En ese sentido, los indígenas del Caribe nicaragüense no corrían una suerte distinta de la de los indígenas de las tierras altas al norte de ese país. Desde su gran rebelión de 1881 en contra del gobierno local por varios abusos, los indígenas de Matagalpa habían sido reprimidos por los gobiernos nicaragüenses tanto conservadores como liberales con base en la visión arriba anotada: intentando deshacer las comunidades indígenas y presentando a Nicaragua como una nación homogénea y mestiza. Este ideal alcanzó un tope en 1906 cuando el presidente Zelaya declaró la abolición de las comunidades indígenas, una medida que fue abolida en 1914 por el gobierno conservador que tomó el poder después del golpe de Estado de 1909 y fue abolida fundamentalmente con el interés de ganar el apoyo indígena para la defensa del nuevo gobierno.¹⁰⁰ En todo caso, las rebeliones indígenas y el desconocimiento de las autoridades locales que se había producido entre 1909 y 1914 eran también una buena causa para tratar de promover una cierta identidad entre el nuevo gobierno conservador y los indígenas.

98 *Ibid*, pp. 46-52.

99 *Ibid*, p. 49.

100 Jeffrey Gould, “¡Vana ilusión!” The Highlands Indians and the Myth of Nicaragua Mestiza, 1880-1925,” en: *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 73, No. 3 (Aug. 1993), pp. 393-429. De acuerdo con Gould, los indígenas de las tierras altas representaban el 15% del electorado en Nicaragua para la década de 1910, p. 410.

Curiosamente sin embargo, en las luchas sociales que se desencadenaron durante el periodo conservador (1910-1924), lejos de ser los obreros quienes llevaron adelante la protesta, fueron las comunidades indígenas las que se levantaron y, lo que es más curioso, con la utilización del discurso nacionalista obrero que apuntaba por una Nicaragua indo-hispana a costa de su identidad indígena y su estructura comunal.¹⁰¹ Al parecer, los indígenas lo que pretendían era apropiarse de un discurso que, al incluirlos, les hacía valer unos ciertos derechos políticos.

Varias de estas comunidades indígenas empero se integraron al Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Augusto César Sandino. Es justamente con Sandino que el discurso de una Nicaragua mestiza va a ser más cuestionado. Así, en su Manifiesto Político de 1927 Sandino se declaró nicaragüense y orgulloso de que en sus venas circulara, en sus palabras, “más que cualquiera [otra], *la sangre india americana que por atavismo encierra el misterio de ser patriota, leal y sincero...*”¹⁰² ¿Qué significaba este manifiesto? Por un lado, Sandino interpela a un pensamiento indigenista al declararse portador de dicha sangre. Parecería en ese sentido que existe un rompimiento con la visión liberal nicaragüense de que el indígena había sido diluido con el mestizaje y que aquéllos que quedaban vivos en sus comunidades debían ser integrados a la nación para que superaran su barbarismo. Pero, por otro lado, la crítica de Sandino representa también el intento por mezclar nicaragüense e indígena

101 Jeffrey Gould, *El Mito de la “Nicaragua Mestiza” y la Resistencia Indígena 1880-1980* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997), p. 124.

102 Citado por: Acuña Ortega, “Nación y Clase Obrera en Centroamérica Durante la Época Liberal (1870-1930),” p. 159. Para profundizar sobre la visión nacionalista en Sandino se puede consultar s: Michael Jay Schroeder, “To defend our nation’s honor: toward a social and cultural history of the Sandino rebellion in Nicaragua (1927-1934)” (Michigan: PhD. Dissertation, University of Michigan, 1993); Volker Wunderlich, *Sandino. Una biografía política* (Managua: Nueva Nicaragua, 1995) y Alejandro Bendaña, “El nacionalismo universal en Sandino,” en: Frances Kinloch Tijerino, (ed.), *Nicaragua, en busca de su Identidad* (Managua: IHN/PNUD, 1995).

en una sola frase que al final está relacionada con ser patriota “leal y sincero.” Lo que sí es claro es que el movimiento social de Sandino estuvo integrado en su base social básicamente por indígenas y mestizos pobres que se sentían interpelados por su discurso.¹⁰³

De todas maneras, luego del asesinato de Sandino el 21 de febrero de 1934 y la represión organizada por la Guardia Nacional, las luchas de las comunidades indígenas continuaron y consiguieron la aprobación de varias leyes importantes en la década de 1930. Estas leyes alcanzaron frenar en varios momentos los continuados intentos de abolición de las comunidades indígenas y la expropiación de sus terrenos. No obstante, la resistencia no aseguró un futuro más tranquilo ya que en las décadas de 1940 y 1950 las comunidades indígenas se vieron enfrentadas en varias ocasiones a tipos diferentes de violencia física y simbólica que contribuirían a socavar su identidad étnica y que pretendían destruir su lenguaje, su vestido y sus formas de organización social.¹⁰⁴

El Salvador

Una situación un tanto parecida a la nicaragüense vivieron los indígenas en El Salvador. Durante el final del siglo XIX, las comunidades indígenas experimentaron un enfrentamiento con el discurso liberal que las estigmatizaba como grupos bárbaros. En gran medida, dichas comunidades se encontraban la mayoría de las veces en los actos de violencia estatal más fuertes de esas décadas.¹⁰⁵ Hacia 1921, después del último intento de las elites centroamericanas por reconstruir una

103 Volker Wunderlich, “‘Dios hablará por el indio de las Segovias.’ Las bases sociales de la lucha de Sandino por la liberación nacional en Nicaragua. 1927-1934,” en: *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 17 (Enero-Junio de 1988), p. 26.

104 Ver: Gould, *El Mito de la “Nicaragua Mestiza” y la Resistencia Indígena 1880-1980*, pp. 167-185.

105 Patricia Alvarenga, *Cultura y Ética de la Violencia. El Salvador 1880-1932* (San José: EDUCA, 1996), pp. 275-322.

república federal que uniera a los cinco países de la región y de que se evidenciara una radicalización de los sectores populares al interior de El Salvador, los líderes políticos comenzaron con mayor fuerza, a promover un proyecto nacional que intentara resolver, de una vez por todas, la incorporación del indio en la nación salvadoreña.¹⁰⁶

La Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños comenzó en tal contexto una intensiva propaganda, tanto en la zona urbana como en la rural, en contra de la explotación laboral que promovió entre obreros y campesinos una fuerte identidad de clase frente a una endémica identidad nacional. Fue entonces el tiempo en que, con el impulso oficial y el apoyo de la prensa y de la intelectualidad, se produjo el mayor intento oficial salvadoreño por apropiarse del pasado pre-hispánico y representar, entre los símbolos de la nación, al indígena. Lo que se realizó entonces fue la recuperación de un héroe indígena cuzcatleco que según la tradición popular había resistido la conquista española en el siglo XVI. Dicho héroe era recordado como Atlacatl.

Como ha probado Carlos Gregorio López,¹⁰⁷ al inicio de la década de 1920 una buena parte de intelectuales salvadoreños intentaron construir la idea de un gran pasado indígena “salvadoreño.” Con ese objetivo, en 1919 Miguel Ángel Espino publicó una obra llamada *Mitología de Cuzcatlán*, libro que reunía cuentos infantiles en los que se narraban historias de la mitología indígena cuzcatleca.¹⁰⁸ Pero quizás quien contribuiría en mayor medida en esta empresa, fue la folklorista María de Baratta quien, después de estudiar en Estados Unidos y en Europa durante la década de 1920, presentó en un concurso de 1930 su obra *Cuzcatlán Típico* la cual fue premiada

106 Carlos Gregorio López Bernal, “El Proyecto Liberal de Nación en el Salvador (1876-1932)” (San José: Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1998).

107 Carlos Gregorio López Bernal, “Identidad nacional, historia e invención de tradiciones en El Salvador de la década de 1920”, en: *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 45 (enero-junio 2002), pp. 35-71.

108 Miguel Ángel Espino, *La mitología de Cuzcatlán. Literatura infantil nacional* (San Salvador: Imprenta Nacional, 1919), 57 pp.

con una medalla de honor y recomendada para publicarse.¹⁰⁹ Según Baratta, el material con el que se había construido su investigación venía “directamente de los intérpretes originales en su ambiente nativo” y de que para redactarlo había “tenido que tomar muy en cuenta al sector indígena, que es lo más puro y originalmente vernáculo, en música, costumbres, leyendas, etc.”¹¹⁰

De esa manera, estos intelectuales estaban tratando de provocar un cambio en la forma despectiva con que los liberales habían visualizado a los indígenas. Por el contrario, su idea fue valorar las “tradiciones” indígenas como lo más autóctono. De esa forma también, acogían una idea romántica de esas poblaciones, buscando en ellas el “alma nacional.” La figura de Atlacatl se rescatará en ese contexto, como una representación material de esa “alma nacional,” construyéndosele un monumento en la ciudad de San Salvador en 1926, justo para la celebración del 115 aniversario del “primer grito de independencia” de El Salvador, tratando de relacionar la resistencia indígena a la conquista española en el siglo XVI con la lucha por la independencia que comenzó en 1811.

¿Qué efecto tuvo esta imagen del indígena más allá de los grupos intelectuales y de las zonas urbanas? Uno muy limitado. A pesar del éxito oficial en la elaboración de Atlacatl en la zona urbana, la población rural, incluidas las comunidades indígenas, no sintieron seriamente el efecto de este proyecto en tanto que éste no se había preocupado por integrar el campo a su discurso. Por otro lado, dicho proyecto no pasaba de ser un discurso en cuanto al rescate de lo indígena ya que los indígenas reales habían estado sufriendo durante toda la década de 1920 una verdadera proletarización,

109 López Bernal, “Identidad nacional, historia e invención de tradiciones en El Salvador de la década de 1920.” Existen muchas ediciones del texto de Baratta. Para una, ver: María de Baratta, *Cuzcatlán típico. Ensayo sobre etnofonía de El Salvador, folklore, folkwisa y folkway* (San Salvador: Ministerio de Cultura, 1951).

110 Citado por: López Bernal, “Identidad nacional, historia e invención de tradiciones en El Salvador de la década de 1920.”

además del desplazamiento en sus tierras y la necesidad de trabajar en otros lugares para poder sufragar sus necesidades.¹¹¹

No será sino hasta después de la matanza indígena de 1932 que el sector oficial comenzó a preocuparse por la integración de esta región y del indígena a su proyecto, pero, en todo caso, tal cosa se hizo en primera instancia con un radical discurso anticomunista y, por otro lado, con matices racistas.¹¹² Inicialmente, el blanco de los ataques discursivos fueron los indígenas, pero este discurso se fue matizando hasta desembocar en una visión del indígena engañado por el comunismo.¹¹³ Era claro, la idea de la guerra de castas seguía observándose en términos de grupos de ladinos que manipulaban a las poblaciones indígenas, susceptibles de manipulación. Con posterioridad a la matanza sin embargo, el discurso de mestizaje continuó ejerciendo presión ahora con el discurso de un noble pasado indígena conjugado con el anticomunismo. Como parte de eso, las elites implementaron la celebración del día del indígena, mientras que el indígena real seguía siendo marginalizado.¹¹⁴ No obstante, como prueban Jeffrey Gould y Aldo Lauria-Santiago, las transformaciones culturales al interior de las comunidades indígenas no sólo dependieron de agresiones externas, sino que también correspondieron con un proceso interno que comenzó antes de 1932 y que se acentuó en las décadas siguientes.¹¹⁵

111 Jeffrey Gould y Aldo Lauria Santiago, “They Call Us Thieves and Steal Our Wages”: Toward a Reinterpretation of the Salvadoran Rural Mobilization, 1929–1931,” en: *Hispanic American Historical Review*, Vol. 84, No. 2 (2004), pp. 191–237.

112 Al respecto, ver: Thomas P Anderson, *Matanza: the 1932 “slaughter” that traumatized a nation, shaping US-Salvadoran policy to this day* (Willimantic, CT: Curbstone Press, 1992).

113 López Bernal, “El Proyecto Liberal de Nación en el Salvador (1876–1932),” p. 291.

114 Jeffrey Gould, “Revolutionary Nationalism and Local Memories in El Salvador,” en: Gilbert M. Joseph, *Reclaiming the Political in Latin American History: Essays from the North* (Durham: Duke University Press, 2001).

115 Jeffrey L. Gould y Aldo Lauria-Santiago, *1932: Rebelión en la oscuridad*.

Honduras

El caso hondureño es muy próximo a la experiencia salvadoreña y comparte con la nicaragüense su relación con la costa caribeña que, en buena parte, está también habitada por miskitos. La corona británica empero, reconoció de forma más temprana los derechos hondureños sobre la región de La Mosquitia porque ya para 1859 firmó con ese estado centroamericano un tratado —el Tratado Wyke-Cruz— con el cual los británicos reconocieron la soberanía hondureña sobre ese territorio.¹¹⁶ Como parte de la toma de posesión de esa zona, el estado hondureño y las autoridades locales promovieron la investigación sobre dichas tierras, con el fin de poder afianzar su poder allí. El lenguaje descriptivo de los múltiples informes que se presentaron a partir de esos estudios, está lleno de adjetivos que describen a las tribus indígenas miskitas y garifunas del caribe hondureño como “las gentes más perezosas que produce la naturaleza” e “indolentes.” Junto a esto, los informes afirman la necesidad de “civilizar” a esas poblaciones. Todavía más. En un informe redactado en 1882 por una Comisión Especial, se proclamaba que era fundamental crear el mayor número de escuelas posibles en dicha región, así como fomentar la construcción de iglesias para moralizar a los indios y obligarlos a “andar vestidos.” Este informe incluso sostenía que el indígena de la zona caribe no merecía en principio “los mismos derechos y consideraciones que la Constitución y las leyes dispensaban a los hombres civilizados, según

Revolución, represión y memoria en El Salvador (San Salvador, El Salvador: Museo de la Palabra y la Imagen, 2008).

116 Marvin Barahona, “Imagen y percepción de los pueblos indígenas en Honduras,” en: Marvin Barahona y Ramón Rivas (compiladores), *Rompiendo el espejo. Visiones sobre los pueblos indígenas y negros en Honduras* (Tegucigalpa, Honduras: Editorial Guaymuras, 1998), pp. 17-33.

el sistema republicano.” Finalmente, el texto terminaba afirmando que en los indígenas todo era “imperfecto.”¹¹⁷

En suma, la incorporación de la costa Caribe al estado hondureño fomentó en la década de 1870 y 1880 la renovación de las representaciones coloniales del indígena como un ser carente de razón en el sentido ilustrado y positivista y, aunque educable, indigno de recibir los mismos derechos políticos de los otros habitantes del país. ¿Qué pasaba con las otras comunidades indígenas del interior del país? Aquí la estrategia liberal fue muy parecida a la que hemos visto para Nicaragua. Así, las elites políticas hondureñas se empeñaron en identificar a su población como homogénea, recurriendo al lenguaje para construir dicha representación. En ese sentido, la población fue homogeneizada bajo el término “ladino.” Esto se hizo oficialmente efectivo en 1887 cuando, en las instrucciones dadas a los empadronadores que habían sido capacitados para llevar adelante el censo de población hondureño de ese año, se les indicó incluir a todas las mezclas raciales sin distinción bajo la categoría de “ladino.”¹¹⁸ Con este plumazo, el gobierno hondureño logró consolidar una categoría de clasificación étnica que diluía las posibles diferencias al interior de su población—al menos oficialmente—y dejaba aislados a los indígenas de la representación de ese estado. Así, “los mulatos, negros, blancos y todo tipo de otra mezcla racial se contrapuso a los indios.”¹¹⁹

Gracias a este proceso de latinización, los indígenas en Honduras que no estaban ubicados en La Mosquitia, fueron poco a poco borrados de la representación social de la nación hondureña. Su incorporación solamente se promoverá al final del siglo XIX y en las primeras décadas

117 *Ibid*, pp. 20-23.

118 Darío A. Euraque, “La construcción del mestizaje y los movimientos políticos en Honduras: los casos de los generales Manuel Bonilla, Gregorio Ferrera y Tiburcio Carías Andino,” en: ídem, *Estado, Poder, Nacionalidad y Raza en la Historia de Honduras: Ensayos* (Tegucigalpa: Ediciones Subirana, 1996), p.78.

119 *Ibid*, pp.78-79.

del siglo XX en el contexto de la restauración de las ruinas mayas de Copán. Darío Euraque ha mostrado la relación que existe entre este proceso de modelación de un mestizaje discursivo y lo que él llama la mayanización de Honduras en el periodo 1890-1940.¹²⁰ De acuerdo con Euraque, el discurso del mestizaje hondureño—es decir su ladinización—madurará y se adoptará plenamente en las esferas estatales en la década de 1920, hasta llegar a consolidarse en la de 1930. El esfuerzo por restaurar las ruinas de Copán y promover su representación imaginaria en Tegucigalpa adquirirá fortaleza en este periodo, gracias al interés por construir un discurso de “hondureñidad” basado en el mestizaje y que rescataba la grandeza de una civilización indígena desaparecida en el tiempo histórico, pero—según sus auspiciadores— presente en la mezcla racial. En ese sentido, varios intelectuales hondureños de las décadas de 1950 y 1960 se afiliaron a la teoría mayanista que fue literalmente inventada por Monseñor Federico Lunardi quien fungiría como representante del Vaticano ante los sucesivos gobiernos del General Tiburcio Carías (1933-1949). Lunardi y otros intelectuales hondureños se afiliaron a la idea de que la población indígena hondureña había sido completamente maya. Así, en una carta escrita en 1945 sentenció que Honduras “era toda maya,” a pesar de conocer varios estudios que probaban lo contrario.¹²¹

El discurso oficial del mestizaje hondureño sirvió además, como en el caso salvadoreño, para la recuperación y proclamación de un líder indígena que había enfrentado a los conquistadores españoles en el siglo XVI, como héroe de la nación: el cacique Lempira. Si bien la construcción discursiva de Lempira como héroe nacional comenzó en el siglo XIX, no será sino hasta inicios del siglo XX cuando se afiance como proyecto. Ya para las primeras décadas

120 Darío A. Euraque, “Antropólogos, arqueólogos, imperialismo y la mayanización de Honduras: 1890-1940,” en: *Revista de Historia* (San José / Heredia), No. 45 (enero-junio 2002), pp. 73-103.

121 *Ibid*, p. 78 y pp. 86-92.

de ese siglo, Lempira era recordado como el máximo defensor de la autonomía hondureña, a pesar de que, obviamente, la nación hondureña había sido una creación del siglo XIX y no podía haber existido en el siglo XVI.¹²²

La modelación que se hará de la figura de Lempira en las primeras décadas del siglo XX giró en torno a la idea de que, efectivamente, Lempira era la representación de la heroicidad hondureña, pero que tal imagen no tenía vínculos con los indígenas lencos que todavía habitaban Honduras en esos años. Es decir, Lempira era un indígena cuya sangre corría por las venas de los hondureños, pero no en aquéllos que sí eran descendientes directos de su grupo étnico. Asimismo, el recurso político a la imagen de Lempira sirvió en 1926 (año en que se le dio su nombre a la moneda nacional de Honduras en vez del nombre de Morazán —un héroe “blanco” hondureño del siglo XIX— que se había propuesto primeramente), para restarle importancia a la presencia negra en la costa norte del país y homogenizar con ello “la configuración étnico-racial hondureña ante el peligro de la inmigración negra y la mezcla racial contaminada con ‘lo negro’.”¹²³ El rescate de la imagen de Lempira, de tal forma, propició la disolución del indígena del pasado y el contemporáneo en la idea de una Honduras “ladina” y, a su vez, sirvió para enfrentarse a las poblaciones negras que también habitaban la Costa Norte. Ese discurso se afianzará en las siguientes décadas de forma tal que en 1935 se proclamará oficialmente el Día de Lempira y en 1943 el Departamento de Gracias a Dios —es decir lo que era conocido como La Mosquitia hondureña en el siglo XIX— se transformará en el Departamento de Lempira.¹²⁴

122 Darío A. Euraque, “La creación de la moneda y el enclave bananero en la costa caribeña de Honduras: ¿en busca de una identidad étnico-racial?,” en: *Yaxkin* (Honduras), Volumen XIV, Nos. 1 y 2 (octubre de 1996), pp. 138-150.

123 *Ibid.*, p. 150.

124 Euraque, “Antropólogos, arqueólogos, imperialismo y la mayanización de

Guatemala

Las experiencias descritas anteriormente nos revelan al menos dos patrones en el trato de las imágenes del indígena en Centroamérica durante la época liberal. El primero, seguido en el caso costarricense, se concentró en la negación de cualquier relación entre la población del país y las sociedades indígenas, afirmando que la mayoría de las poblaciones originales habían desaparecido con la conquista y las que sobrevivieron habían quedado al margen de la sociedad colonial y de la republicana y estaban en proceso de extinción. La imagen inventada entonces fue la de una “raza homogénea.” En los casos nicaragüense, hondureño y salvadoreño, si bien el indígena no fue invisibilizado completamente, si se afirmó una imagen que los ubicaba principalmente (en el caso hondureño y nicaragüense) en la zona atlántica o bien diluidos con el proceso de mestizaje (ladinización). Un tercer camino fue seguido en la región: el de Guatemala. Este empero es más complejo que los anteriores debido en parte a que la población indígena era más densa en este país. Así, los políticos e intelectuales guatemaltecos debatieron durante todo el siglo XIX la cuestión del indio sin llegar a un resultado o consenso claro sobre cuál debía ser la actitud del estado hacia esas comunidades.

Desde la coyuntura independentista la discusión entre los moderados y los liberales guatemaltecos acerca de cuál debía ser el lugar del indio en la comunidad política estuvo en el tapete. Los liberales independentistas apostaron en un primer momento por la inclusión de todas “las castas” dentro del proyecto nacional, oponiéndose a la segregación, pero los prejuicios que se construyeron después de las revueltas de 1848 (indicadas en la introducción

Honduras: 1890-1940,” p. 82. Elizet Payne Iglesias, “Identidad y nación: el caso de la Costa Norte e Islas de la Bahía en Honduras,” en: *Mesoamérica* (Guatemala), No. 42 (diciembre del 2001), pp. 75-103.

de este trabajo), que presentaban la duda acerca de si los indígenas debían y podían ser incluidos en el proyecto político republicano, los hizo cambiar de visión.¹²⁵ Pero no solo eso.

Incluso el “indio” Rafael Carrera, que derrotará a las tropas liberales y se hará con el poder en 1844 gracias a una revolución apoyada fundamentalmente por comunidades indígenas del oeste de Guatemala, fue “blanqueado” en el discurso oficial guatemalteco al ser identificado no como un representante indígena sino como parte de “las castas.”¹²⁶ Es más, va a ser durante el régimen de Carrera, en 1851, cuando se restablecerán, después de una importante disputa, las *Leyes de Indias* como un remedio para la temida “lucha de castas” y una vuelta al orden colonial que, según los grupos conservadores, había sido corrompido por los liberales al declarar una ciudadanía sin límites después de la independencia. Así, “los conservadores implantaron un sistema político republicano recurriendo a las *Leyes de Indias* y sus instituciones, al derecho consuetudinario, a la regulación de la Iglesia católica y al caudillismo de Rafael Carrera que daba vida al proyecto de nación criolla y que habría de durar tres décadas.”¹²⁷

Este principio discursivo segregacionista conservador no se acabó con la triunfante revolución liberal guatemalteca de junio de 1871. A pesar de los postulados universalistas de la ideología liberal, la segregación se profundizó a partir de un conjunto de políticas en materia de trabajo, tierra, educación, ciudadanía, población y nacionalidad que tenían al indígena en el centro de las disputas porque todos estos elementos involucraban su explotación así como la

125 Teresa García Giráldez, “Nación cívica, nación étnica en el pensamiento político centroamericano del siglo XIX”, en: Marta Elena Casaus Arzú y Oscar Peláez Almengor (compiladores), *Historia Intelectual de Guatemala* (Guatemala: CEUR.UAM, 2001), pp. 51-118.

126 Taracena y otros, *Etnicidad, Estado y Nación en Guatemala 1808-1944*, p. 70.

127 *Ibid*, p. 78.

privatización de sus tierras.¹²⁸ Paralelo a esto, se produjo el triunfo de lo que se ha llamado la *emergencia ladina*, es decir la transformación del grupo ladino que se había enriquecido con la explotación cafetalera, en clase dominante. Esto es importante porque dicha *emergencia* fue utilizada por el Estado liberal guatemalteco como representación de la asimilación de la población del país.¹²⁹

Así, aunque los liberales guatemaltecos cargados de un discurso eugenésico pensaban que la modernidad y el ansiado progreso solamente podrían ser logrados con la “civilización del indígena,” lo que implicaba su asimilación y ladinización, la estructura del trabajo rural en combinación con los mecanismos negociados por las comunidades indígenas a fin de retener tantos vestigios de autonomía local como fueran posibles, produjeron todo lo contrario.¹³⁰ El propósito fundamental de los liberales terminó siendo blanquear el universo no indígena, particularmente a ladinos y criollos. Asimismo, la historiografía liberal guatemalteca que intentaba probar “científicamente” la “degeneración de la raza indígena,” legitimó los estereotipos coloniales y afianzó el discurso de subordinación de lo indígena. Incluso, el Estado simplificó, al estilo hondureño, la división social que se observaba en la recolección de información censal, al señalar que solo existían dos grupos sociales: los ladinos y los indígenas. En la práctica esta estrategia dividió al país entre una población homogenizada como ladina y una población indígena que quedaba excluida por decreto de los derechos de la nación guatemalteca.¹³¹

128 David McCreery, *Rural Guatemala, 1760-1940* (California: Stanford University Press, 1994).

129 Taracena y otros, *Etnicidad, Estado y Nación en Guatemala 1808-1944*, p. 410.

130 Steven Palmer, “Racismo Intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920,” en: *Mesoamérica*, año 17, No. 31 (junio de 1996), pp. 99-121.

131 Taracena y otros, *Etnicidad, Estado y Nación en Guatemala 1808-1944*, pp. 411-412.

Resulta muy ilustrativo del poder del discurso segregacionista liberal guatemalteco, su efecto sobre la llamada Generación del 20, es decir de intelectuales y escritores como Miguel Ángel Asturias, Jorge García Granados, Jorge del Valle Matéu, Carlos Wyld Ospina, Carlos Samayoa Chinchilla, David Vela y Jorge Luis Arriola. Al respecto, Arturo Taracena ha señalado que estos autores tampoco lograron escapar del discurso liberal sobre el indígena ni transformar sus ideas en una práctica posible. Por eso, aunque:

“buscaron darle un carácter espiritual—de ‘alma nacional’—a la redefinición moderna de la nación guatemalteca, comprometiéndose activamente en su construcción al denunciar el sopor causado por la herencia colonial, el atraso económico, la dominación extranjera y las injusticias cometidas con el indio, exigiendo su derecho al acceso a la ciudadanía, en su tarea redentora abonaron las ideas de degeneración y manipulación de la ‘raza indígena.’ Y, a la larga, presionados por la crisis económica y la omnipresencia del Estado liberal, de una u otra manera, la mayoría de ellos terminó por subirse al carro estatal del liberalismo en la década de 1930. Por ello, como proyecto, el indigenismo—y aún la influencia de la experiencia del vecino México—sólo cuajaría después de la Revolución de 1944.”¹³²

En efecto, los intelectuales guatemaltecos que, al estilo de Asturias en su clásico *Hombres de Maíz* (1949), exponían una crítica fuerte al modelo de exclusión liberal del indígena y a la explotación económica con que el capitalismo agrario guatemalteco había despedazado las tradiciones y las vidas de los indígenas, se mostraron limitados para poder superar la visión patriarcal acerca del indio (algo que hemos visto también presente en el caso salvadoreño

132 *Ibid*, p. 412. Ver también: Marta Elena Casaus Arzú, “Las elites intelectuales del 20 en Guatemala: su visión del indio y su imaginario de nación,” en: Marta Elena Casaus Arzú y Oscar Peláez Almengor, (compiladores), *Historia Intelectual de Guatemala* (Guatemala: CEUR.UAM, 2001), pp. 1-50.

en esa década). No será sino luego de que la crisis económica de 1929 y sus efectos dejaron evidente los límites de las políticas liberales, que el planteamiento de dar un golpe de Estado desnudó las tensiones étnicas que el liberalismo había profundizado. La revolución de 1944 promovió que esas tensiones fueran expuestas públicamente denotando el carácter de las imágenes que se habían cosechado en Guatemala acerca del indígena y el ladino.¹³³ La nueva discusión que se originaba con la revolución era una de justicia social que sin embargo sería detenida por el golpe de Estado de 1954, mismo que institucionalizaría la visión del indígena como comunista al que había que enfrentar sin contemplaciones.¹³⁴

133 Richard N. Adams, "Ethnic Images and Strategies in 1944," en: Carol Ann Smith (editora), *Guatemalan Indians and the State: 1540-1988* (Austin: University of Texas Press, 1990), pp. 141-162.

134 Greg Grandin, *The Blood of Guatemala. A History of Race and Nation* (Duke University Press, 2000), pp. 159-233; idem, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War* (Chicago: University of Chicago Press, 2004),

Conclusiones

En su obra *América Central*, publicada por primera vez en español en 1967, el profesor Mario Rodríguez, señaló los obstáculos étnicos y culturales y el “sistema social” que desde su perspectiva podían entorpecer la formación de un Mercado Común Centroamericano. Así, Rodríguez apuntaba:

“Históricamente, la diversidad racial y las diferencias culturales han tenido un efecto propicio a la división de América Central. En la actualidad, las tensiones motivadas por estas divergencias son menos agudas, gracias a la extensión del proceso de ‘ladinización’. Durante el periodo colonial, los amos españoles usaban el término ladino para referirse a los indios que adoptaban el sistema de vida de los hombres blancos y trabajaban como artesanos en las poblaciones españolas. Eran indios que habían sido ‘latinizados’, por decirlo así. Con el paso de los años, el término también llegó a ser aplicado a las sangres mezcladas, los mestizos, mulatos y zambos (híbridos de indio y negro), que se reunían en torno a los sitios colonizados por los blancos. En la actualidad, el significado oficial de ladino es cualquier persona, sin considerar su ascendencia racial, que no vive como un indio. Empleado en este sentido, el término tiene implicaciones positivas de un nacionalismo centroamericano, uniendo elementos raciales y culturales discordantes.”¹³⁵

Es claro; Rodríguez tenía ante sus ojos el proceso de construcción del discurso de ladinización en los distintos países centroamericanos

135 Mario Rodríguez, *América Central* (México: Editorial Diana S.A., 1967), p. 26. La edición en inglés se publicó en 1965.

que, aunque él creyera servía para fomentar una unidad de la región, se llevó adelante fundamentalmente como una estrategia de nacionalización popular en el periodo 1870-1944, para modelar una homogeneidad al interior de los distintos estados centroamericanos y evitar la “guerra de castas.” En el centro de tal programa, aunque nunca lo pidieron, estuvieron los indígenas.

Los políticos e intelectuales liberales centroamericanos que pretendieron poner en práctica las ideas europeas sobre la organización de la política moderna, decidieron enfrentar lo que ellos llamaron “el problema indígena” de diferentes maneras. Así, en Costa Rica se desarrolló la idea de que los indígenas habían existido solamente en un pasado precolombino muy lejano y que se habían extinguido con la conquista, construyendo una imagen de las comunidades que existían fuera de las fronteras del estado, como indígenas bárbaros en vías de extinción y por tanto no peligrosos para la nación que se estaban imaginando. Esto significó a su vez que esas comunidades quedaran excluidas de cualquier tipo de derechos políticos y que cuando el estado costarricense negociara la explotación de las tierras en donde se encontraban, lo hiciera declarándolas áreas vacías, lo que significó arrasar con una parte de esas comunidades a punta de fuego y pólvora.¹³⁶

En los casos salvadoreño, nicaragüense y hondureño, las comunidades indígenas fueron también representadas como poblaciones hostiles y vacías de moral, pero quizás aptas para recibir la educación liberal que las libraría del estado salvaje en que se encontraban y las integraría a los estados. Este discurso servía para llevar adelante campañas en contra de las tradiciones indígenas y a favor de la desarticulación de sus comunidades y de la venta de sus tierras. Empero, gracias a la resistencia indígena, estos estados intentaron dibujar la idea de que sus poblaciones eran el resultado del mestizaje

136 Philippe Bourgois, *Ethnicity at work: divided labor on a Central American banana plantation*. (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1989).

colonial y por tanto los indígenas ya se habían diluido por efecto de ese proceso. Además, contagiados por la búsqueda de pasados indígenas grandiosos—siguiendo el ejemplo mexicano—esta ladinización se combinó con el rescate de indígenas que habían luchado en el siglo XVI contra la conquista española y que simbolizaban la lucha por la soberanía nacional en el pasado, pero cuyas comunidades ya no existían en el presente. Incluso, en el momento en que un grupo de intelectuales se interesaron por estas poblaciones lo hicieron con una visión patriarcal que estaba a su vez interesada en integrar a los indígenas para “liberarlos” de su condición indígena.

En Guatemala, la visión de integración fracasó completamente. Tanto los políticos conservadores de la era de Carrera como sus sucesores liberales, representaron a los indígenas como indignos de las “luces” y de los derechos políticos modernos y así los excluyeron del proyecto estatal, solamente siendo incorporados como mano de obra y bajo un estilo de explotación colonial. Fue tal la fuerza de esta imagen, que incluso los intelectuales más radicales de la Generación de 1920, a pesar de su crítica al liberalismo y al capitalismo, no pudieron avanzar más allá de una idea patriarcal con respecto al indígena. Las consecuencias fueron nefastas. Contrario al éxito mexicano en la integración del indígena—a pesar también de su explotación—el caso guatemalteco, que desde el siglo XIX volvía la mirada a México para precisar cómo actuar, no pudo alcanzar la integración nacional. El resultado ha sido el nacimiento en los últimos años de un movimiento maya que busca reinventarse étnica y culturalmente al visualizarse fuera del estado guatemalteco.¹³⁷

Tales problemáticas de integración reflejan también el problema de la definición de los estados centroamericanos. En un libro clásico, Héctor Pérez apuntó que las elites centroamericanas no lograron construir nuevas relaciones de colaboración y de consenso sobre las

137 Edward F. Fischer y R. McKenna Brown (editores), *Maya cultural activism in Guatemala* (Austin: University of Texas Press, 1996).

ruinas del “viejo paternalismo colonial”.¹³⁸ Ante este paisaje, Pérez subrayaba la continuación de las “condenas del pasado” sobre el istmo. Es probable que el problema central de esas “condenas” esté relacionado con la incapacidad de algunas sociedades centroamericanas de construir estados nacionales exitosos durante los dos siglos que han transcurrido al derrumbe del poder colonial español. Esta crítica, en la que se visualiza un cierto desencanto por las rutas históricas seguidas por la región, no es exclusiva de ese trabajo de Pérez. En realidad, aparece, como lo ha mostrado Víctor Hugo Acuña, en una buena parte de las obras generales de historia de Centroamérica publicadas en la segunda mitad del siglo XX y está relacionada con una desilusión para con el proyecto político de progreso que los políticos liberales —críticos acérrimos de la época colonial— habían construido.¹³⁹ Así, hacia el final del siglo XX prevalecía la idea de que varios estados centroamericanos eran estados fracasados que no habían podido alcanzar una legitimidad sobre la mayoría de su población. De hecho, esta situación es la que más pesa en la realidad social centroamericana de nuestros días. El desarrollo y extensión de las actividades del narcotráfico, la visualización cada vez más clara de una corrupción institucionalizada en algunas clases políticas de la región, la privatización de los servicios públicos y la vuelta a la carga de los militares (como en el golpe de Estado a Zelaya en Honduras en el 2009) dan aviso cotidiano acerca de las debilidades y limitantes de los proyectos de estado que nacieron a la luz de los siglos XIX y XX.

138 Héctor Pérez Brignoli, *Breve historia de Centroamérica* (Madrid: Alianza Editorial, 1985), p. 181.

139 Víctor Hugo Acuña Ortega, “Tiempo histórico y ciencias sociales en Centroamérica en la segunda mitad del siglo XX” *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*, No. 1, Vol. 1 (julio 2004), pp. 9-24.

Bibliografía

- Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Nación y Clase Obrera en Centroamérica Durante la Época Liberal (1870-1930)”, en: Iván Molina y Steven Palmer (editores), *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* (San José, Costa Rica: Editorial Porvenir, Plumsock Mesoamerican Studies, 1994), pp. 145-165.
- Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Historia del Vocabulario Político en Costa Rica. Estado república, nación y democracia (1821-1949)”, en: Arturo Taracena y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pp. 63-74.
- Acuña Ortega, Víctor Hugo. “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, en: *Revista de Historia* (San José-Heredia) No. 45 (enero-junio del 2002), pp. 191-228.
- Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Tiempo histórico y ciencias sociales en Centroamérica en la segunda mitad del siglo XX” *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*, No. 1, Vol. 1 (julio 2004), pp. 9-24.
- Acuña, Víctor Hugo. “Las concepciones de la comunidad política en Centroamérica en tiempos de la independencia (1820-1823)”, *TRACE*, No. 37 (jun 2000), pp. 27-40.
- Adams, Richard N. “Ethnic Images and Strategies in 1944,” en: Carol Ann Smith (editora), *Guatemalan Indians and the State: 1540-1988* (Austin: University of Texas Press, 1990), pp. 141-162.
- Alvarenga, Patricia. *Cultura y Ética de la Violencia. El Salvador 1880-1932* (San José: EDUCA, 1996).
- Ana Maria Botey, *La República Federal (1823-1842)* (San José: Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica, fascículo No. 8, 1994).

- Anderson, Thomas P. *Matanza: the 1932 "slaughter" that traumatized a nation, shaping US-Salvadoran policy to this day* (Willimantic, CT: Curbstone Press, 1992).
- Arias Mora, Dennis. *Utopías de quietud. Cuestión autoritaria y violencia entre las sombras del nazismo y del dilema antifascista (Costa Rica, 1933-1943)* (San José: EUNED, 2011)
- Avendaño Rojas, Xiomara. *Centroamérica entre lo antiguo y lo moderno: institucionalidad, ciudadanía y representación política, 1810-1838* (Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, 2009).
- Avendaño Rojas, Xiomara. *Elecciones indirectas y disputa del poder en Nicaragua: el lento camino hacia la modernidad* (Managua: Lea Grupo Editorial, 2007).
- Barahona, Marvin. "Honduras. El estado fragmentado (1839-1876)", en: Arturo Taracena y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995).
- Barahona, Marvin. "Imagen y percepción de los pueblos indígenas en Honduras," en: Marvin Barahona y Ramón Rivas (compiladores), *Rompiendo el espejo. Visiones sobre los pueblos indígenas y negros en Honduras* (Tegucigalpa, Honduras: Editorial Guaymuras, 1998), pp. 17-33.
- Baratta, María de. *Cuzcatlán típico. Ensayo sobre etnofonía de El Salvador, folklore, folkwisa y folkway* (San Salvador: Ministerio de Cultura, 1951).
- Bendaña, Alejandro. "El nacionalismo universal en Sandino," en: Frances Kinloch Tijerino, (ed.), *Nicaragua, en busca de su Identidad* (Managua: IHN/PNUD, 1995).
- Bermejo Martínez, Carlos. *Roberto Brenes Mesén. Conductor e ideólogo de la Costa Rica de 1900 a 1947* (Heredia, Costa Rica: Editorial de la Universidad Nacional, 2002).
- Bourgois, Philippe. *Ethnicity at work: divided labor on a Central American banana plantation*. (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1989).
- Calvo, Joaquín Bernardo. *República de Costa Rica. Apuntamientos geográficos, estadísticos e históricos* (San José: Imprenta Nacional, 1887).

- Casaus Arzú, Marta Elena. “Las elites intelectuales del 20 en Guatemala: su visión del indio y su imaginario de nación,” en: Marta Elena Casaus Arzú y Oscar Peláez Almengor, (compiladores), *Historia Intelectual de Guatemala* (Guatemala: CEUR.UAM, 2001), pp. 1-50.
- Díaz Arias, David. “Alocuciones constructoras y demostradoras de identidad: discursos del 15 de setiembre de 1871 en Centroamérica”, en: *Revista de Historia* (San José / Heredia), No. 45 (enero-junio 2002), pp. 287-323.
- Díaz Arias, David. “Alocuciones constructoras y modeladoras de identidad: discursos del 15 de setiembre de 1871 en Centroamérica”, *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 45 (enero-junio de 2002), pp. 315-316.
- Díaz Arias, David. “Entre la Guerra de castas y la latinización. La imagen del indígena en la Centroamérica liberal, 1870-1944”, *Revista de Estudios Sociales* (Universidad de los Andes, Colombia), No. 26 (abril del 2007), pp. 58-72.
- Díaz Arias, David. “Fiesta e imaginaria cívica: la memoria de la estatuaría de las celebraciones patrias costarricenses, 1876-1921” en: *Revista de Historia*, Nos. 49-50 (enero-diciembre, 2004), pp. 111-154.
- Díaz Arias, David. “Invencción de una tradición: la fiesta de la independencia durante la construcción del estado costarricense, 1821-1874,” en: *Revista de Historia* (Costa Rica) No. 45 (enero-junio del 2002), pp. 105-162.
- Díaz Arias, David. “Jura y conjura en el naciente Estado costarricense: las representaciones del poder en la jura de la Constitución de 1844 y la rebelión de las autoridades militares en San José y Alajuela”, *Boletín AFEHC*, N° 44, publicado el 04 marzo 2010.
- Díaz Arias, David. *La Fiesta de la Independencia en Costa Rica, 1821-1921* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007).
- Díaz Arias, David. “Una fiesta del discurso: vocabulario político e identidad nacional en el discurso de las celebraciones de la Independencia de Costa Rica, 1848-1921”, en: *Revista Estudios* (San José), No. 17 (2003), pp. 73-104.

- Dym, Jordana y Christophe Belaubre (editores), *Politics, Economy, and Society in Bourbon Central America, 1759-1821* (Boulder, Colorado, University Press of Colorado, 2006).
- Dym, Jordana. "Citizen of which Republic? Foreigners and the Construction of National Citizenship in Central America, 1823-1845", en *The Americas*, No 64:4 (April 2008), pp. 477-510.
- Dym, Jordana. *From Sovereign Villages to National States: City, States, and Federation in Central America, 1759-1839* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006).
- Edelman, Marc. "A Central American Genocide: Rubber, Slavery, Nationalism, and the Destruction of the Guatusos-Malekus," en: *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 40, No. 2 (Apr., 1998), pp. 356-390.
- Espino, Miguel Ángel. *La mitología de Cuscatlán. Literatura infantil nacional* (San Salvador: Imprenta Nacional, 1919).
- Euraque, Darío A. "La creación de la moneda y el enclave bananero en la costa caribeña de Honduras: ¿en busca de una identidad étnico-racial?," en: *Yaxkin* (Honduras), Volumen XIV, Nos. 1 y 2 (octubre de 1996), pp. 138-150.
- Euraque, Darío A. "Antropólogos, arqueólogos, imperialismo y la maya-nización de Honduras: 1890-1940," en: *Revista de Historia* (San José / Heredia), No. 45 (enero-junio 2002), pp. 73-103.
- Euraque, Darío A. "La construcción del mestizaje y los movimientos políticos en Honduras: los casos de los generales Manuel Bonilla, Gregorio Ferrera y Tiburcio Carías Andino," en: ídem, *Estado, Poder, Nacionalidad y Raza en la Historia de Honduras: Ensayos* (Tegucigalpa: Ediciones Subirana, 1996).
- Facio Brenes, Rodrigo. *Trayectoria y Crisis de la Federación Centroamericana* (San José: Imprenta Nacional, 1949).
- Fischer, Edward F. y R. McKenna Brown (editores), *Maya cultural activism in Guatemala* (Austin: University of Texas Press, 1996).

- Floyd, Troy S. "The Guatemalan Merchants, the Government, and the Provincianos, 1750-1800," en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 41, No. 1. (Feb., 1961), pp. 90-110.
- Fonseca, Elizabeth. *Costa Rica Colonial. La tierra y el hombre* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1983).
- Fumero, Patricia. "De la iniciativa individual a la cultura oficial. El caso del general José Dolores Estrada", en: Iván Molina y Patricia Fumero, *La Sonora Libertad del Viento. Sociedad y Cultura en Costa Rica y Nicaragua (1821-1914)* (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1997), pp. 13-41.
- Fumero, Patricia. "La celebración del santo de la patria: la develización de la estatua al héroe nacional costarricense, Juan Santamaría, el 15 de setiembre de 1891", en: Iván Molina Jiménez y Francisco Enríquez Solano, *Fin de Siglo e Identidad Nacional en México y Centroamérica* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000).
- Fumero, Patricia. *El Monumento Nacional, fiesta y develización, setiembre de 1895* (Alajuela, Costa Rica, 1998).
- García Buchard, Ethel. *Política y estado en la sociedad hondureña del siglo XIX (1838-1872)* (Tegucigalpa, Honduras : Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2008).
- García Giráldez, Teresa. "Nación cívica, nación étnica en el pensamiento político centroamericano del siglo XIX", en: Marta Elena Casaus Arzú y Oscar Peláez Almengor (compiladores), *Historia Intelectual de Guatemala* (Guatemala: CEUR.UAM, 2001), pp. 51-118.
- Gavarrete, Francisco. *Catecismo de Geografía de Guatemala para uso de las escuelas de primeras letras de la República* (Guatemala, Imprenta de la Paz, 1860).
- Gobat, Michel. "Against the Borgeois Spirit: the Nicaraguan elite under U.S. imperialism, 1910-1934 (Chicago: Ph.D dissertation, University of Chicago, 1998).

- Gobat, Michel. "Contra el espíritu burgués: la élite nicaragüense ante la amenaza de la modernidad, 1918-1929", en: *Revista de Historia (Nicaragua)*, No. 13 (1999).
- Gobat, Michel. *Confronting the American Dream: Nicaragua under U.S. Imperial Rule* (Durham and London: Durham University Press, 2005).
- Gould, Jeffrey y Aldo Lauria Santiago, "'They Call Us Thieves and Steal Our Wages': Toward a Reinterpretation of the Salvadoran Rural Mobilization, 1929-1931," en: *Hispanic American Historical Review*, Vol. 84, No. 2 (2004), pp. 191-237.
- Gould, Jeffrey y Aldo Lauria Santiago, *1932: Rebelión en la oscuridad. Revolución, represión y memoria en El Salvador* (San Salvador, El Salvador: Museo de la Palabra y la Imagen, 2008).
- Gould, Jeffrey. "¡Vana ilusión!" The Highlands Indians and the Myth of Nicaragua Mestiza, 1880-1925," en: *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 73, No. 3 (Aug. 1993), pp. 393-429.
- Gould, Jeffrey. "Nicaragua: la nación indohispana", en: Arturo Taracena y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995).
- Gould, Jeffrey. "Revolutionary Nationalism and Local Memories in El Salvador," en: Gilbert M. Joseph, *Reclaiming the Political in Latin American History: Essays from the North* (Durham: Duke University Press, 2001).
- Gould, Jeffrey. *El Mito de la "Nicaragua Mestiza" y la Resistencia Indígena 1880-1980* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997).
- Grandin, Greg. *The Blood of Guatemala. A History of Race and Nation* (Duke University Press, 2000).
- Grandin, Greg. *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War* (Chicago: University of Chicago Press, 2004).
- Gudmundson, Lowell. *Costa Rica antes del café: sociedad y economía en vísperas del boom exportador* (San José: Editorial Costa Rica, 1993).

- Guerra, François-Xavier. “De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía”, en: François-Xavier Guerra y Annick Lempérière (et al.), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX* (México: Centro Francés de estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica, 1998), pp. 109-139.
- Guerra, François-Xavier. *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (Madrid: Editorial MAPFRE, 1992).
- Hale, Charles R. *Resistance and Contradiction. Miskitu Indians and the Nicaraguan State, 1894-1987* (California: Stanford University Press, 1994).
- Karnes, Thomas L. *The Failure of Union; Central America, 1824-1960* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1961).
- Kinloch Tijerino, Frances. “El canal interoceánico en el imaginario nacional. Nicaragua, siglo XIX”, en: *Taller de Historia. Nación y etnia* (Managua), No. 6 (julio de 1994).
- Kinloch Tijerino, Frances. “El primer encuentro con los filibusteros en Nicaragua: antecedentes y contexto”, Víctor Hugo Acuña Ortega (editor), *Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2010), pp. 21-40.
- Kinloch Tijerino, Frances. “La independencia: una reconciliación frustrada”, *El Nuevo Diario* (Nicaragua), 11 de septiembre de 1999.
- Kinloch Tijerino, Frances. “Política y Cultura en la Transición al Estado-Nación. Nicaragua (1838-1858)” (San José: Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1999), pp. 62-88.
- Kinloch, Frances. “Fiestas Patrias: Tradición y Realidad (Nicaragua, 1858)”, en: Vannini, Margarita y Kinloch, Francis (editoras), *Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica, Siglos XVIII-XX* (Managua, Nicaragua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, Universidad Centroamericana, 1998), pp.83-92.
- Lee Woodward, Jr., Ralph. *Rafael Carrera y la creación de la República de Guatemala, 1821-1871* (Guatemala: Plumsock Mesoamerican Studies y Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 2002).

- Lemistre Pujol, Annie. *Dos Bronces Conmemorativos y Una Gesta Heroica. La estatua de Juan Santamaría y el Monumento Nacional* (Alajuela, Museo Histórico-Cultural Juan Santamaría, 1988).
- Lindo Fuentes, Héctor. “Los límites del poder en la era de Barrios”, en: Arturo Taracena y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pp. 87-96.
- López Bernal, Carlos Gregorio. “El Proyecto Liberal de Nación en el Salvador (1876-1932)” (San José: Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1998).
- López Bernal, Carlos Gregorio. “Identidad nacional, historia e invención de tradiciones en El Salvador de la década de 1920”, en: *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 45 (enero-junio 2002), pp. 35-71.
- Mahoney, James. *The Legacies of Liberalism: Path Dependence and Political Regimes in Central America* (Baltimore, The John Hopkins University Press, 2001).
- Marín, Juan José. “De curanderos a médicos. Una aproximación a la historia social de la medicina en Costa Rica: 1800-1949,” *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 32 (julio-diciembre, 1995), pp. 65-108.
- Marín, Juan José. “La miseria como causa atenuante de la delictividad: el caso de la delincuencia de menores y la cuestión social: 1907-1949”. en: Ronny J. Viales Hurtado ed., *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005), pp. 297-323.
- McCreery, David. *Rural Guatemala, 1760-1940* (California: Stanford University Press, 1994).
- Mejías, Sonia Alda. “Las revoluciones liberales y su legitimidad. La restauración del orden republicano. El caso centroamericano. 1870-1876”, *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 45 (enero-junio de 2002), pp. 229-263.

- Méndez, Rafael Ángel. *Imágenes del poder: Juan Santamaría y el ascenso de la nación en Costa Rica (1860-1915)* (San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2007).
- Molina Jiménez, Iván. "Cuestión social, literatura y dinámica electoral en Costa Rica (1880-1914)". en: Ronny J. Viales Hurtado ed., *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005), pp. 193-206.
- Molina Jiménez, Iván. "El legado colonial del Valle Central de Costa Rica: jueces y juicios", Víctor Hugo Acuña Ortega e Iván Molina Jiménez, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José: Editorial Porvenir, 1991).
- Molina Jiménez, Iván. "Elecciones y democracia en Costa Rica (1885-1913)", *Democracia y elecciones en Costa Rica. Dos contribuciones* (San José: FLACSO, 2001).
- Molina Jiménez, Iván. *Anticomunismo reformista. Competencia electoral y cuestión social en Costa Rica (1931-1948)* (San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 2007).
- Molina Jiménez, Iván. *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991).
- Molina Jiménez, Iván. *Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002).
- Molina Jiménez, Iván. *Demoperfectocracia. La democracia pre-reformada en Costa Rica (1885-1948)* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad Nacional, 2005).
- Molina Jiménez, Iván. *La alborada del capitalismo agrario en Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1988).
- Molina Jiménez, Iván. *La ciudad de los monos. Roberto Brenes Mesén, los católicos heredianos y el conflicto cultural de 1907 en Costa Rica* (San José: EUCR; Heredia: Editorial EUNA, 2002).

- Molina, Felipe. *Bosquejo de la República de Costa Rica seguido de apuntamientos para su historia* (Nueva York, Imprenta de S.W. Benedict, 1851).
- Montúfar y Coronado, Manuel. *Memorias para la historia de la revolución de Centro-América* (Guatemala, Tipografía Sánchez y de Guise, 1934 (1832)).
- Morales, Gerardo. *Cultura Oligárquica y Nueva Intelectualidad en Costa Rica: 1880-1914* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, segunda reimpresión, 1995).
- Munro, Dana Gardner. *Las Cinco Repúblicas de Centroamérica. Desarrollo político y económico y relaciones con Estados Unidos*, estudios introductorios de Fabrice Lehoucq e Iván Molina (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, Plumsock Mesoamerican Studies, 2003).
- Obregón Loría, Rafael. *Costa Rica en la Independencia y en la Federación* (San José: Editorial Costa Rica, 1977), pp. 147-232.
- Oficial, *Constitución de la República Federal de Centro-América dada por la Asamblea Nacional Constituyente en 22 de noviembre de 1824* (Guatemala: Imprenta a cargo de J.J. de Arév, 1824).
- Palazio, Edgar. “Nicaragua 1854-1856: Nación, Religión y Poder Político... La Batalla de las Ideas Durante la Guerra Nacional”, ponencia presentada al VI Congreso Centroamericano de Historia, Universidad de Panamá, 22 al 26 de julio del 2002.
- Palmer, Steven. “A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica, 1870-1900” (Ph.D. Dissertation, Columbia University, 1990).
- Palmer, Steven. “Hacia la ‘Auto-inmigración’, El nacionalismo oficial en Costa Rica 1870-1930”, en: Arturo Taracena y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pp. 75-85.
- Palmer, Steven. “Adiós *Laissez-Faire*: la política social en Costa Rica (1880-1940),” *Revista de Historia de América* (Mexico), No. 124 (January-June, 1999), pp. 99-117.
- Palmer, Steven. “Central American Encounters with Rockefeller Public Health, 1914-1921,” Joseph Gilbert, Catherine LeGrand y Ricardo

- Salvatore, eds., *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of US-Latin American Relations* (Durham: Duke University Press, 1998), pp. 311-332.
- Palmer, Steven. "Confinamiento, mantenimiento del Orden y Surgimiento de la Política Social en Costa Rica, 1880-1935," *Mesoamérica* (Guatemala), No. 43 (June, 2002), pp. 17-52.
- Palmer, Steven. "Racismo Intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920," en: *Mesoamérica* (Guatemala), año 17, No. 31 (junio de 1996), pp. 99-121.
- Payne Iglesias, Elizet. "Identidad y nación: el caso de la Costa Norte e Islas de la Bahía en Honduras," en: *Mesoamérica* (Guatemala), No. 42 (diciembre del 2001), pp. 75-103.
- Pérez Brignoli, Héctor, *Breve historia de Centroamérica* (Madrid: Alianza Editorial, 1985).
- Putnam, Lara Elizabeth. "Ideología racial, práctica social y Estado liberal en Costa Rica", en: *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 39, (enero-junio de 1999), pp. 139-186.
- Quesada Camacho, Juan Rafael. *América Latina: Memoria e Identidad. 1492-1992* (San José, Costa Rica: Editorial Respuesta, 2da. edición, 1993).
- Rodríguez Sáenz, Eugenia. "¡Dotar de voto político a la mujer! ¿Por qué se aprobó el sufragio femenino en Costa Rica hasta en 1949?", Sara Poggio y Monserrat Sagot eds., *Irrumpiendo en lo público. Seis facetas de las mujeres en América Latina* (San José: Maestría Regional en Estudios de la Mujer y Latin American Studies Association, 2000), pp. 175-206.
- Rodríguez, Mario. *A Palmerstonian Diplomat in Central America: Frederick Chatfield, Esq.* (University of Arizona Press, 1964).
- Rodríguez, Mario. *América Central* (México: Editorial Diana S.A., 1967).
- Salazar Mora, Orlando. *El Apogeo de la República Liberal en Costa Rica 1870-1914* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1998).

- Sanabria Martínez, Víctor. *Anselmo Llorente y la Fuente, primer obispo de Costa Rica (apuntamientos históricos)* (San José: Editorial Costa Rica, 1972).
- Schroeder, Michael Jay. "To defend our nation's honor: toward a social and cultural history of the Sandino rebellion in Nicaragua (1927-1934)" (Michigan: Ph.D. Dissertation, University of Michigan, 1993).
- Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006).
- Solórzano, Juan Carlos. "Rafael Carrera, ¿reacción conservadora o revolución campesina? Guatemala 1837-1873," en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Vol. 13, No. 2 (1987).
- Soto, Ronald. "Desaparecidos de la Nación: los indígenas en la construcción de la identidad nacional costarricense 1851-1924," en: *Revista de Ciencias Sociales* (Costa Rica), No. 82 (diciembre de 1998), pp. 31-53.
- Soto Quirós, Ronald y David Díaz Arias. *Mestizaje, indígenas e identidad nacional en Centroamérica: de la colonia a las repúblicas liberales* (San José, Costa Rica: FLACSO, 2006).
- Stephens, John L. *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* (New York: Harper & Bros., 1841).
- Taracena, Arturo y otros, *Etnicidad, Estado y Nación en Guatemala 1808-1944*, volumen 1 Colección "¿Por qué estamos como estamos?" (Guatemala: CIRMA, 2002).
- Taracena, Arturo y otros, *Etnicidad, Estado y Nación en Guatemala 1808-1944*, volumen 1 Colección "¿Por qué estamos como estamos?" (Guatemala: CIRMA, 2002).
- Taracena, Arturo. "Nación y República en Centroamérica (1821-1865)", en ídem y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pp. 45-61.
- Taracena, Arturo. *Invencción criolla, sueño ladino, pesadilla indígena. Los Altos de Guatemala: de región a Estado 1740-1850* (San José: Editorial

- Porvenir; CIRMA; Delegación Regional de Cooperación Técnica y Científica del gobierno de Francia, 1997).
- Towsend Escurra, Andrés. *Las Provincias Unidas de Centroamérica. Fundación de la República* (San José: Editorial Costa Rica, 1973).
- Viales Hurtado, Ronny. “El régimen liberal de bienestar y la institucionalización de la pobreza en Costa Rica 1870-1930”, en: Ronny J. Viales Hurtado ed., *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005), pp. 71-100.
- Viales, Ronny. “El Museo Nacional de Costa Rica y los albores del discurso nacional costarricense (1887-1900),” en: *Vínculos* (Costa Rica), Volumen 21, Nos. 1-2 (1995), pp. 99-123.
- Wolfe, Justin. “‘No nacen aquí hombres serviles’: raza, política y filibusterismo en Nicaragua en el siglo XIX”, en: Víctor Hugo Acuña Ortega (editor), *Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2010), pp. 119-140.
- Wolfe, Justin. *The Everyday Nation-State: Community and Ethnicity in Nineteenth-Century Nicaragua* (Lincoln : University of Nebraska Press, 2007).
- Wortman, Miles. *Government and Society in Central America, 1680-1840* (New York, Columbia University Press, 1982).
- Wunderlich, Volker. “La unificación nacional que dejó una nación dividida. El gobierno del presidente Zelaya y la ‘reincorporación’ de la Mosquitia a Nicaragua en 1894”, en: *Revista de Historia* (Costa Rica) No. 34 (julio-diciembre 1996).
- Wunderlich, Volker. *Sandino. Una biografía política* (Managua: Nueva Nicaragua, 1995).
- Wunderlich, Volker. “‘Dios hablará por el indio de las Segovias.’ Las bases sociales de la lucha de Sandino por la liberación nacional en Nicaragua. 1927-1934,” en: *Revista de Historia* (Costa Rica), No. 17 (Enero-Junio de 1988).

